KRISHNAMURTI

CONFERENCIAS PRONUNCIADAS
EN LOS AÑOS

1937-1938



FUNDACION HISPANO-AMERICANA "SAPIENTIA"
AVENIDA DE MAYO 1370
BUENOS AIRES

CONFERENCIAS PRONUNCIADAS

EN LOS AÑOS 1937-1938.

CAMPAMENTO DE OMMEN

1 9 3 7

I

¿Hay algo que sea permanente en medio de las cambiantes circunstancias de la vida? ¿Hay alguna relación entre nosotros y el cambio constante en que vivimos? Si estuviésemos de acuerdo en que todo es cambio, inclusive nosotros mismos, jamás surgiría la idea de permanencia. Si pensásemos que nuestro propio estado es de continuo movimiento ó modificación, no habría conflicto alguno entre las cambiantes circunstancias de la vida y ese "algo" que ahora creemos permanente.

En nosotros existe una profunda y perdurable esperanza, una especie de certeza, de que hay algo permanente en medio del cambio continuo; y esto es causa de conflictc. Comprobamos que todo cambia en torno nuestro. Vemos que todo decae, que todo se marchita. Somos testigos de cataclismos, guerras, miserias, inseguridad, desilusión y muerte. Todo lo que nos rodea experimenta constante alteración: deviene y declina. Todas las cosas se gastan por el uso. No hay nada permanente en torno nuestro. En nuestras instituciones, en nuestra moralidad, en nuestras teorías de gobierno, de relaciones económicas y sociales; en to-

das las cosas, en suma, hay flujo y reflujo, es decir, cambio.

Y sin embargo nosotros sentimos que hay permanencia en medio de lo transitorio. Descontentos de esta instabilidad, hemos creado un estado de permanencia, dando con ello origen a un conflicto entre lo que suponemos permanente y aquello que cambia, lo efímero. Pero si comprendiésemos que todo — hasta nosotros mismos, el "yo" — es transitorio, y que todas las cosas que nos rodean en la existencia carecen asimismo de permanencia, no surgiría en modo alguno este doloroso conflicto.

¿Qué es lo que demanda permanencia, seguridad, y anhela continuar? Es en esta demanda que se basan nuestras relaciones morales y sociales.

Si vosotros creyéseis o sintiéseis profundamente que la vida es cambio incesante, no habría anhelo alguno de seguridad, de permanencia. Mas como en nosotros hay hondo anhelo de perdurar, nos encerramos dentro de un muro que nos aisla del movimiento de la vida.

De ese modo prodúcese un conflicto entre los cambiantes valores de la vida, y el deseo cuyo objeto es la permanencia. Si comprendiésemos y sintiésemos hondamente que ni en nosotros ni en las cosas de este mundo hay nada permanente, terminarían los amargos conflictos, las penas y los temores: ya no existirían esos lazos que son la causa de la lucha social e individual.

¿Qué es, pues, ese "algo" que ha asumido ca-

rácter permanente, y que intenta continuar para siempre? No podemos examinar esto inteligentemente si no analizamos y comprendemos la facultad crítica en sí misma.

Nuestra facultad crítica proviene de nuestros prejuicios, creencias, teorías y esperanzas, o bien de lo que denominamos experiencia. La experiencia se basa en tradiciones, en recuerdos acumulados. Nuestra experiencia tiene siempre el tinte de nuestro pasado. Si creéis en Dios, habréis tenido quizá lo que llamáis "experiencia de la Divinidad". No se trata, ciertamente, de una verdadera experiencia. En nuestra mente, durante siglos, ha sido inculcada la idea de que hay Dios; y así influenciados tenemos una "experiencia". No es ésa una experiencia verdadera, genuina, de primera mano.

Una mente influenciada, que obra sometida a influencias, no puede experimentar de un modo completo. Una mente en esas condiciones resulta incapaz de experimentar plenamente la realidad o la no realidad de Dios. Asimismo, una mente prevenida por un deseo consciente o inconsciente de permanencia, no puede comprender a fondo la realidad. En una mente así predispuesta, toda investigación conduce únicamente a acrecentar la fuerza del prejuicio.

La búsqueda y el anhelo de la inmortalidad nos son impuestos por los recuerdos acumulados de la conciencia individual, por el "yo", con sus temores y esperanzas, sus amores y sus odios. Este "yo", se fragmenta en muchas partes que entran

en conflicto: el superior y el inferior, el permanente y el transitorio, y así sucesivamente. El "yo" en su deseo de perpetuarse, busca y emplea medios y sistemas para atrincherarse.

Es posible que algunos de vosotros se hagan esta reflexión: "Desapareciendo tales anhelos, tendrá que surgir la suprema realidad". Pero el mero deseo de saber si hay algo más allá de la conciencia nuestra — conciencia hecha de conflictos, propia de la existencia — indica que la mente procura una seguridad, una certeza, una recompensa por sus esfuerzos.

Vemos cómo se crea la resistencia de unos contra otros; vemos también que la resistencia, por obra de recuerdos cumulativos, de la experiencia, se fortalece cada vez más, tornándose de más en más consciente de sí misma.

Existe así vuestra resistencia personal y la de vuestro prójimo: la sociedad. El ajuste de dos o más resistencias recibe el nombre de relación social; y es sobre ésta que se eleva la estructura de la moralidad.

Habiendo amor, no hay conciencia de relación alguna. Es tan sólo en un estado de resistencia que puede surgir la conciencia de que se está en relación con alguien, conciencia que es un mero ajuste de cosas antagónicas.

El conflicto no se produce únicamente entre varias resistencias, sino asimismo en el seno de cualquiera de ellas: entre lo permanente y lo transitorio de la resistencia misma.

¿Hay algo que sea permanente en el seno de la resistencia? Comprobamos que la resistencia puede perpetuarse por la adquisividad, por la ignorancia, por el anhelo consciente o inconsciente de experiencia. Pero es indudable que esta continuación no es lo eterno, sino tan sólo la perpetuación del conflicto.

Lo que llamamos "permanente" en la resistencia es meramente una parte de la resistencia misma, y por tal motivo una parte del conflicto. En consecuencia ella no es lo eterno, lo permanente.

No habiendo estado de plenitud, de vida consumada, hay esa ansia de continuación que engendra resistencia, la cual se atribuye a sí misma la cualidad de lo permanente.

Aquello a que la mente se aferra como a algo permanente, es por su propia esencia lo transitorio. Es el producto de la ignorancia, del miedo y del deseo.

Si comprendemos esto, veremos que el problema no es el de una resistencia en conflicto con otra. Es éste: ¿Cómo se engendra la resistencia? ¿Cómo se la habrá de disolver? Si encaramos este problema con profundidad de pensamiento, se producirá en nosotros un nuevo despertar, un estado que puede denominarse "de amor".

II

El conflicto tiene que surgir invariablemente cuando hay un centro estático dentro de nosotros, mientras en torno nuestro hay valores que cambian. Este centro estático tiene que estar en pugna con la cualidad dinámica de la vida.

El hecho de que haya cambio implica que nada existe a lo cual la mente pueda permanecer adherida; pero en todo momento ella desea aferrarse a alguna forma de seguridad. La modalidad de tal adhesión varía constantemente, variación que es considerada como progreso; pero la sujeción persiste.

Ahora bien, el cambio constante significa que no puede haber ningún centro personal que acumule y almacene recuerdos en calidad de salvaguardias y virtudes; ningún centro que constantemente junte para sí experiencias, lecciones para el futuro. Y aunque comprendamos esto intelectualmente, en lo emotivo cada cual se aferra a un centro personal y estático, indentificándose con él. No existe, en realidad, ningún centro provisto de cualidades permanentes, el "yo". Esto habremos de comprenderlo en forma integral y no tan

sólo intelectual, si es que deseamos alterar fundamentalmente nuestras relaciones con el prójimo, que se basan en la ignorancia, en el miedo y en necesidades personales.

¿Pero nosotros, cada uno de nosotros, pensamos acaso que este centro desde el cual la mayoría de nuestros actos se lleva a efecto, es algo no permanente, transitorio?

¿Qué significa para vosotros el hecho de pensar? ¿Os estimulan únicamente mis imágenes verbales, las explicaciones que os doy y que examinaréis intelectualmente en ratos de ocio, para convertirlas luego en una pauta, en un principio que ha de ser observado y vivido? ¿Puede acaso tal método determinar un vivir integral? No: la mera explicación del dolor no lo hará desaparecer, ni tampoco el observar un principio o norma. Lo que destruye el dolor es el pensamiento y la emoción integrales.

Si no os halláis en estado de sufrimiento, la imagen verbal presentada por otra persona, su explicación acerca del dolor, podrá momentáneamente estimularos, y quizá haceros pensar que necesitáis sufrir. Pero esa clase de dolor carece de significado.

Hay dos maneras de pensar. La una, sin contenido emocional, es el resultado de estímulos puramente intelectuales. Cuando las emociones, en cambio, se agitan hondamente, existe un proceso integral de pensamiento que no es superficial, intelectual. Y este pensamiento integral, que es al

mismo tiempo emoción, es lo único que puede producir comprensión y acción duraderas.

Si lo que os estoy diciendo obra tan sólo como estímulo, surge el problema de cómo aplicarlo a vuestra vida diaria, con sus penas y conflictos. El "cómo", el método, adquiere suprema importancia únicamente cuando explicaciones y estímulos os impulsan a obrar de determinada manera; deja, por el contrario, de ser importante, tan sólo cuando os tornáis integralmente conscientes.

Cuando la mente se revela a sí misma sus propios esfuerzos, determinados por temores y deseos, surge el integral conocimiento de su propia falta de permanencia; y sólo esta clara conciencia puede libertarla de los afanes que la atan. A menos que esto ocurra, todo estímulo se transforma en nueva sujeción.

Todas las cualidades artificialmente cultivadas dividen. Toda cultura intelectual de la moralidad, de la ética, es cruel y nace del miedo; sólo engendra mayor resistencia del hombre contra el hombre.

La ignorancia es lo que caracteriza a la resistencia. Tener conocimiento de muchas teorías intelectuales no significa estar libre de ignorancia. El hombre que no es integralmente consciente del proceso de su propia mente, es ignorante.

Despojar al pensamiento de todo afán adquisitivo mediante la disciplina y la voluntad, no es escapar a la ignorancia: el pensamiento sigue prisionero del conflicto entre cosas antagónicas. Cuando se percibe integralmente que el esfuerzo por

deshacerse de la adquisividad forma también parte de ésta, hay un comienzo de esclarecimiento.

Aunque la mente se esfuerce por deshacerse de ciertas cualidades, sigue cautiva de la ignorancia. Si la mente, empero, discierne que todo esfuerzo que haga por libertarse pertenece aún al proceso de la ignorancia, surge una posibilidad de salvar el círculo vicioso.

La voluntad de satisfacción divide a la mente en muchos fragmentos, cada uno en conflicto con otros; y esa voluntad no puede ser destruída por una superior, que sólo sería una nueva forma de la misma voluntad de satisfacción. Este círculo de la ignorancia se rompe desde adentro, por así decirlo, sólo cuando la mente deja de ser adquisitiva.

La voluntad de satisfacción destruye el amor.

Interlocutor: ¿Cómo haremos para distinguir entre la revelación, que es verdadero pensamiento, y la experiencia? Nuestros falsos métodos de vida, a mi juicio, tornan limitada la experiencia; ésta, por consiguiente, no es revelación pura. Ambas — experiencia y revelación — deberían ser una sola cosa.

Interlocutor: ¿Entiende Vd. que la experiencia es un recuerdo, el recuerdo de algo que uno ha hecho?

KRISHNAMURTI: La experiencia puede limitar más aún el pensamiento, o libertarlo de toda limitación. Experimentamos conforme a las influencias que obran sobre nosotros, pero ellas pue-

den ser superadas, lo cual daría a todo nuestro ser una libertad integral. La moralidad, que debería ser espontánea, ha llegado a ajustarse a una pauta, a un principio que se convierte en bueno o en malo según las creencias que uno sustente. Para alterar dicha norma, algunos recurren a la violencia, con lo que esperan establecer una pauta "verdadera"; otros confían en la ley para modificarla. Unos y otros esperan crear la "justa" moralidad mediante la fuerza y la conformidad. Pero lo que surge de la coacción deja de ser moralidad.

La violencia en alguna forma es considerada como medio necesario para alcanzar un fin pacífico. Dejamos de ver, empero, que el objetivo está dominado y determinado por los medios que empleamos.

La verdad es una experiencia disociada del pasado. La adhesión al pasado con sus recuerdos y tradiciones, implica la continuación de un centro estático que impide experimentar la verdad.

Cuando la mente no está cargada de creencias, deseos, vínculos, cuando se halla "creativamente" vacía, surge una posibilidad de experimentar la suprema realidad.

III

Toda lucha es un fenómeno de relación, un ajuste entre dos resistencias, entre dos individuos. La resistencia es una determinación o "condicionamiento"; consiste en la limitación de esa energía que puede denominarse vida, pensamiento, emoción. Esta limitación, esta resistencia, no ha tenido comienzo. Siempre ha sido, y podemos comprobar que puede ser mantenida, continuada. Obedece a muchas y complejas causas este proceso de determinación.

Este "condicionamiento" o limitación es la ignorancia, a la que es posible poner término.

La ignorancia es la falta de conciencia del proceso de la limitación, consistente en los muchos deseos, temores, recuerdos adquisitivos, y así sucesivamente.

La creencia forma parte de la ignorancia. Cualquier acto determinado por una creencia agrava más aún la ignorancia.

El ansia de comprensión y de felicidad, el intento de despojarse de alguna cualidad y adquirir determinada virtud, todo esfuerzo de tal índole nace de la ignorancia, resultado a su vez del constante deseo.

De modo, pues, que en la vida de relación continúan la lucha y el conflicto.

Mientras siga existiendo la apetencia personal, toda experiencia aumentará la limitación del pensamiento y de la emoción, haciendo así que continúe el conflicto.

Donde haya deseo, la experiencia no podrá ser completa: crecerá la resistencia. La creencia, resultado del deseo, es una fuerza "condicionante"; la experiencia basada en cualquier creencia no hace más que limitar, por grande y amplia que ella sea.

Cualquier esfuerzo que haga la mente para escapar a su propio círculo vicioso de la ignorancia, tendrá forzosamente que contribuir a que ella persista. Si no entendemos el proceso íntegro de la ignorancia, y sólo hacemos un esfuerzo para librarnos de ella, el pensamiento seguirá moviéndose en el mismo círculo.

¿Qué habrá pues que hacer, sabiendo que cualquier acción, cualquier esfuerzo que uno haga, sólo agrava la ignorancia? Hasta el deseo de salvar el círculo de la ignorancia forma parte de la misma. ¿Qué habrá que hacer, entonces?

Ahora bien, ¿es ésta una cuestión vital, de suprema importancia para vosotros? Si lo es, veréis que no existe ninguna respuesta directa ni positiva. Las respuestas positivas, en efecto, sólo conducen a mayores esfuerzos, lo que intensifica el proceso de la ignorancia. Esto no puede encararse sino de un modo negativo, consistente en tener plena conciencia del proceso del miedo o de la igno-

rancia. Dicha conciencia no es un esfuerzo para vencer, destruir o hallar substitutos, sino un estado de calma en que no hay aceptación ni negación: una integral quietud ajena a toda opción. Esta plena conciencia rompe el círculo de la ignorancia desde adentro, por así decirlo; no acrecienta la ignorancia.

Interlocutor: ¿Cómo es posible saber con certeza si la mente está "incondicionada", libre de toda limitación, siendo que en este particular puede haber ilusión?

KRISHNAMURTI: En lugar de preocuparnos por tener la certeza de una mente "incondicionada", seamos conscientes de las limitaciones del pensamiento y la emoción.

Interlocutor: Hay una diferencia real entre no tener noción de que estamos limitados, e imaginar que estamos "incondicionados", libres de toda limitación o determinación.

KRISHNAMURTI: Ello es obvio, indudable. Inquirir acerca del estado "incondicionado" cuando la mente se halla limitada, es completamente inútil. Tenemos que preocuparnos por saber cuáles son las causas que mantienen cautivos el pensamiento y la emoción.

Interlocutor: Sabemos que existe lo real y lo

irreal; debemos llegar a lo real partiendo de lo irreal.

KRISHNAMURTI: Esa es con seguridad una forma más del "condicionamiento", de la limitación. ¿Cómo sabe Ud. que lo real existe?

Interlocutor: Porque está presente.

KRISHNAMURTI: Su pensamiento ha dejado de funcionar, si así puedo decirlo, cuando Vd. afirma que "está presente".

Interlocutor: Pienso que si en todo momento nos damos cuenta de que estamos limitados, es porque siempre sufrimos y estamos en conflicto.

KRISHNAMURTI: Bien. El conflicto, el dolor, el estado de tensión que engendra la relación de unos seres con otros, indican que hay limitación, "condicionamiento". Puede haber varias causas de limitación, y yo me pregunto si Vd. percibe por lo menos una de ellas.

Interlocutor: El miedo y el deseo son las causas de la limitación.

KRISHNAMURTI: ¿Tiene Vd. conciencia, al hacer esa afirmación, de que en su vida el temor y el deseo producen luchas y miseria? Cuando Vd. dice que el miedo determina y limita su vida, ¿es

Vd. consciente de dicho miedo? ¿O es porque ha leído algo al respecto, o porque me ha oído hablar de ello, que Vd. repite: "El miedo limita"? El miedo no puede existir por sí mismo, sino con relación a algo.

Y cuando dice que es consciente del miedo, ¿proviene éste de algo exterior a Vd. mismo, o lo tiene Vd. adentro? Uno teme un accidente o le tiene miedo al vecino, o le causa a uno aprensión algo con lo que está en relación estrecha, o alguna reacción psicológica, y así sucesivamente. En algunos casos son las cosas exteriores de la existencia las que nos infunden temor, y si logramos librarnos de ellas nos imaginamos que viviremos sin miedo.

¿Puede Vd. librarse del prójimo? Vd. podrá eludir la presencia de un vecino determinado, mas dondequiera que Vd. se encuentre estará siempre en relación con alguien. Vd. podrá crear una ilusión que le sirva de refugio, o erigir un muro entre Vd. y su vecino para protegerse. Se podrá separar del prójimo mediante divisiones sociales, o con ayuda de virtudes, creencias, adquisiciones. Así podrá Vd. librarse del prójimo, pero eso no es libertad.

Existe asimismo el temor a las enfermedades contagiosas, a los accidentes u otros males contra los que uno toma naturales precauciones, sin por ello exagerarlos indebidamente.

La voluntad de sobrevivir, la voluntad de tener

satisfacciones, la voluntad de continuar: ahí está la raíz misma del miedo.

¿Sabe Vd. que esto es así? Si lo sabe, ¿que entiende Vd. por "saber"? ¿Lo sabe tan sólo intelectualmente, como una imagen verbal, o lo percibe íntegramente, con emoción?

Conocéis el miedo como reacción cuando se debilita vuestra resistencia. Cuando los muros de vuestra autodefensa han sido derribados, tenéis una sensación de temor, y vuestra inmediata reacción consiste en reparar esos muros, en fortificarlos para sentiros seguros.

Interlocutor: ¿Quiere Vd. decirnos qué es el miedo?

KRISHNAMURTI: ¡Deciros lo que es el miedo! ¿No lo sabéis, acaso?

Si en vuestra casa no hay nada de valor a que tengáis apego, no temeréis al vecino; vuestras puertas y ventanas estarán abiertas. Pero el miedo morará en vuestro corazón mientras tengáis algún apego; en tal caso atrancaréis vuestras ventanas y cerraréis con llave vuestras puertas. Os aislaréis.

La mente ha reunido ciertos valores, ciertos tesoros, y entiende custodiarlos. Si la importancia de estas posesiones es puesta en tela de juicio, hay un despertar del miedo. Por obra de éste, cuidamos aquellos valores con mayor atención, o bien liquidamos los antiguos y adquirimos otros nuevos,

que protegemos con mayor astucia. Damos diferentes nombres a este aislamiento.

Os pregunto si en vuestro corazón o en vuestra mente hay algo precioso que custodiáis. Si lo hay, crearéis inevitablemente muros contra el miedo, y esta resistencia recibe diversas denominaciones: amor, voluntad, virtud, carácter.

¿Tenéis algo que para vosotros sea precioso? ¿Tenéis algo que os pueda ser arrancado, vuestra posición, vuestras ambiciones, vuestros deseos y esperanzas?

¿Qué es lo que en realidad tenéis? Quizá posesiones mundanas que tratáis de salvaguardar; para protegerlas disponéis del imperialismo, del nacionalismo, de las distinciones de clase. Cada individuo, cada nación, está en ese caso; y en consecuencia engendra el odio y la guerra. ¿Es posible eliminar de cuajo el temor de perder lo que uno tiene? Todo indica que no se puede disipar el miedo mediante mayor protección, mayor nacionalismo, mayor imperialismo. Donde hay apego a algo, ahí está el miedo.

Interlocutor: ¿Cómo se disipa el miedo? ¿Abandonando lo que uno posee, o estableciendo una relación diferente entre nosotros y las cosas poseídas?

KRISHNAMURTI: Todavía no hemos llegado, evidentemente, al problema de cómo despojarnos del miedo. Estamos intentando descubrir cuá-

les son las cosas preciosas que cada cual guarda tan astutamente; sólo cuando las hayamos descubierto podremos discernir los medios de eliminar todo temor.

Interlocutor: Es muy difícil saber eso. Yo ignoro a qué me siento apegado.

KRISHNAMURTI: Es claro que ahí está una de las dificultades, pero a menos que sepáis eso, el miedo continuará por más que querráis libraros de él. ¿Tenéis conciencia con todo vuestro ser de que os estáis protegiendo en una u otra forma por medio de creencias, adquisiciones, virtudes, ambiciones?

Cuando comencéis a indagar de un modo profundo, percibiréis cómo las creencias, o cualquiera otra forma de exclusión, os segregan de los demás como individuo o como grupo; y veréis que toda creencia obra a modo de resistencia contra el movimiento de la vida.

Algunos de vosotros podrán decir que la mente no guarda ni custodia creencia alguna, sino que la creencia forma parte de la mente, y que sin alguna forma de creencia no puede haber mente ni pensamiento. O podréis afirmar que la creencia no es realmente creencia sino intuición, la cual debe ser custodiada y fomentada.

Interlocutor: A mí me parece que la creencia es-

tá presente en mi espíritu, y no sé qué hacer al respecto. No sé si la custodio o no.

KRISHNAMURTI: Ahí está la cuestión. La creencia es parte de vosotros, afirmáis. ¿Por qué está presente? ¿Por qué forma parte de vuestro propio ser? Habéis sido influenciados, determinados, por la tradición y la educación; habéis adquirido creencias, consciente o inconscientemente, como medio de protegeros contra diversas formas del miedo; o la propaganda puede haberos hecho aceptar una creencia como panacea. Tal vez no creáis en una teoría determinada sino en una persona. Hay diversas formas de creencia. El deseo de consuelo y seguridad lo obliga a uno a tener alguna clase de creencia, que conserva cuidadosamente: sin ella uno se siente completamente perdido. Existe, por consiguiente, un constante esfuerzo por justificar las propias creencias o hallar otras que sirvan de substituto a las que uno abandona.

Habiendo adhesión a algo, tiene que haber temor; pero el verse uno libre del miedo no es una recompensa por la carencia de apego. El dolor hace que uno se decida a no sentir absolutamente ningún apego; pero semejante desapego es en realidad una forma de protección contra el sufrimiento. Ahora bien, como la mayoría de nosotros tenemos algo —amor, posesiones, ideales, creencias, conceptos— que proteger, y dado que todo eso contribuye a engendrar esa resistencia que constituye el "yo", lo "mío", es vano preguntar cómo desha-

cerse del "yo", con sus muchas capas de apetencias y temores, si no se comprende plenamente el proceso de la resistencia. El deseo mismo de librarse de todo eso es una nueva y más segura forma de autoprotección.

Si os tornáis conscientes de este proceso de defensa por el que levantáis muros para custodiar lo que sois y lo que poseéis; si realmente tenéis conciencia de dicho proceso, no preguntaréis jamás cuál es el camino y el método para libertaros del miedo, de la apetencia. En tal caso hallaréis, en la quietud de la conciencia despierta y alerta, la espontánea disolución de las causas diversas que limitan el pensamiento y la emoción.

No tendréis esa conciencia por el mero hecho de escuchar una o dos conferencias. Se trata de un fuego que ha de ser encendido, y es preciso que lo encendáis. Deberéis empezar, por poco que sea, a ser conscientes, y estar realmente despiertos; y esto lo podréis mientras conversáis, cuando reís, cuando entráis en contacto con cualquier persona, o bien cuando os halláis en calma. Esta conciencia alerta conviértese en llama, y esta llama consume todos los temores causantes del aislamiento. La mente debe revelarse espontáneamente a sí misma. Y esto no es dado tan sólo a unos pocos, ni es algo imposible.

IV

La ignorancia consiste en no tener noción del proceso del propio pensamiento y emoción. He intentado explicar lo que entiendo por conciencia despierta y alerta ("awareness").

¿La experiencia disolverá esta ignorancia?

¿Qué entendemos por experiencia? Ella es la acción y la reacción conforme al pensamiento y emoción limitados, "condicionados". La mente y el corazón se ven limitados por conclusiones, hábitos de pensamiento, preconceptos, creencias, temores, apetencias.

Tal masa de ignorancia no puede ser disuelta por la mera experiencia. Esta puede dar a la ignorancia un nuevo significado, nuevos valores, nuevas ilusiones; pero sigue siendo ignorancia. La sola experiencia no puede disolver la ignorancia; sólo puede reconstruirla.

¿El mero dominio y transformación del medio ambiente podrá disipar la ignorancia? ¿Qué entendemos por medio ambiente? Hábitos y valores económicos, divisiones sociales, la moralidad de la adaptación, y otras cosas más. ¿Podrá la creación de un nuevo ambiente, lograda mediante la coac-

ción y la violencia, la propaganda y la amenaza, disolver dicha ignorancia? ¿O podrá simplemente darle nueva forma, por un camino diferente?

¿Es posible que la dominación externa disipe la ignorancia? Afirmo que no. Lo cual no significa que la actual barbarie implícita en las guerras, la explotación, la crueldad, la dominación de clase, no deba ser alterada. Pero la mera transformación social no cambiará el carácter fundamental de la ignorancia.

Hemos esperado de dos diferentes procesos la disolución de la ignorancia: uno es el dominio del medio ambiente, y el otro la destrucción de la ignorancia por la experiencia. Y antes de que aceptéis o neguéis la imposibilidad de terminar con la ignorancia por esos métodos, tendréis que conocer la realidad de ambos procesos. ¿La conocéis? Si no la conocéis, tendréis que experimentar y descubrir. No hay estímulo artificial capaz de dar por fruto la realidad suprema.

La ignorancia no puede ser disipada por la experiencia ni tampoco por el mero hecho de dominar el ambiente. En cambio ella se desvanece espontáneamente, voluntariamente, cuando hay conciencia alerta, libre de todo deseo y de toda opción.

Interlocutor: Tengo conciencia de que quiero a alguien, y que la muerte se llevará al ser querido. El sufrimiento consiguiente es algo para mí difícil de comprender; sé que constituye una limitación, y sé que deseo otra cosa, pero ignoro qué.

KRISHNAMURTI: La muerte nos causa mucho dolor a la mayoría de nosotros, y por ello queremos encontrar una salida, un modo de eludir el sufrimiento. Recurrimos a la creencia en la inmortalidad, consolándonos con ella, o tratamos de olvidar nuestra aflicción de diferentes maneras, o bien cultivamos una forma superior de indiferencia con ayuda de la razón.

Todo declina, todo se gasta por el uso, todo llega a su fin. Percibiendo esto, algunos intentan disipar racionalmente su dolor: amortiguan el sufrimiento mediante un proceso intelectual. Otros tratan de sobreponerse al dolor pensando en el futuro; los sostiene un concepto de inmortalidad, la fe en el más allá. En esta forma se amortigua por cierto el sufrimiento, ya que las creencias son un refugio y un consuelo. Puede ocurrir que uno no le tema al más allá o a la propia muerte, pero nadie desea sufrir la angustia de perder a un ser querido; por eso nos ponemos a buscar métodos y procedimientos para escapar al dolor.

Las explicaciones intelectuales acerca del modo de evitar el sufrimiento, hacen que uno lo reciba con cierta indiferencia. Pero, con todo, el embate del dolor se produce con el trastorno que nos causa el sabernos empobrecidos, apocados, por la muerte de algún ser querido. Y la mente, oponiéndose de nuevo al sufrimiento, busca modos y formas de eludirlo: se satisface así con las muchas explicaciones que se le dan del más allá, de la continuación, de la reencarnación y otras cosas por el estilo. Hay quien

disipa el sufrimiento mediante el raciocinio, para vivir lo más tranquilo posible; otros hallan refugio y consuelo en la fe, en un aplazamiento del dolor, a fin de no sufrir en el presente. Estos dos tipos son en el fondo idénticos, ya que ninguno de ellos quiere sufrir; sólo las respectivas explicaciones difieren. El primero se mofa de todas las creencias, y el segundo se dedica con fervor a reforzar su fe en la inmortalidad o en la reencarnación, o bien a descubrir "hechos" y "realidades" respecto de ambas.

Interlocutor: Yo no veo por qué haya de ser falso el refugio, considerado en sí mismo. Pienso, en cambio, que es una tontería refugiarse. La reencarnación bien puede ser un hecho.

KRISHNAMURTI: Si uno sufre, y el supuesto hecho de la reencarnación es una realidad, ¿qué valor fundamental tiene ese hecho si deja de ser un refugio, un consuelo? Si uno se muere de hambre, de qué sirve saber que hay superproducción en el mundo? Lo que uno necesita es ser alimentado; no que le den "hechos", sino más substancia nutritiva.

No estamos discutiendo si la reencarnación es o no un hecho real. Esto, a mi entender, carece totalmente de importancia. Cuando uno está enfermo o hambriento, los "hechos" no alivian el sufrimiento ni calman el hambre. Uno podrá cifrar esperanzas en un futuro estado ideal, pero el hambre persistirá. El temor a la muerte y al dolor que acarrea,

continuará a despecho del supuesto hecho de la reencarnación; a menos, evidentemente, que uno viva en la ilusión más completa.

¿Por qué os refugiáis en un hecho supuesto, en una creencia? No os pregunto cómo sabéis que la reencarnación es un hecho. Créeis que lo es, y por el momento eso basta. ¿Qué os induce a buscar refugio? Así como hay quien halla consuelo en la conclusión racional de que todas las cosas tienen forzosamente que decaer, conclusión que mitiga el dolor, es posible refugiarse en una creencia, en un hecho supuesto, para amortiguar el efecto del sufrimiento. Cuando la angustia es intensa, surge el deseo de consuelo, de alivio; por ello buscáis refugio, en la esperanza de que sea real y duradero. ¿No es acaso por esa razón fundamental que buscamos refugio y amparo?

Interlocutor: Buscamos substitutos porque no somos capaces de enfrentar la vida.

KRISHNAMURTI: No basta afirmar que se desea hacer substituciones; con ello no se resuelve el problema del dolor. Las substituciones nos impiden pensar y sentir con profundidad.

Aquellos de vosotros que habéis sufrido y estáis sufriendo, ¿cuál ha sido vuestra experiencia?

Interlocutor: Nada.

KRISHNAMURTI: Algunos de vosotros no

hacen nada en este terreno, sobrellevando el dolor con indiferencia. Otros tratan de huirle con ayuda de la bebida o de las diversiones, o se olvidan de sí mismos entregándose a la acción, o se refugian en la fe.

¿Cuál es la reacción que efectivamente se produce cuando muere alguien de vuestra intimidad? Habéis perdido el ser que os era caro, y os agradaría que retornase: no queréis hacer frente a la soledad. Comprendiendo la imposibilidad de que el muerto retorne, os dedicáis, en medio de la desazón y del dolor, a llenar vuestra mente y vuestro corazón de creencias, de explicaciones, de informaciones, conocimientos y experiencias de segunda mano.

Interlocutor: Hay una tercera posibilidad. Vd. nos ha mostrado solamente dos, pero siento claramente que hay otro medio de hacer frente al dolor.

KRISHNAMURTI: Pueden existir muchos medios de hacer frente al sufrimiento, pero si hay un profundo deseo de buscar consuelo, todos los métodos se reducen a estos dos, que son fundamentales: entregarse al razonamiento o buscar refugio. Ambos métodos mitigan el dolor, nada más; ofrecen la posibilidad de eludirlo.

Interlocutor: ¿Y si uno se vuelve a casar?

KRISHNAMURTI: Por más que lo haga, el problema del sufrimiento permanece sin solución.

En este caso hay también aplazamiento, olvido temporario. Uno se da a sí mismo explicaciones racionales e intelectuales porque no desea sufrir, o se refugia en una creencia, también porque desea evitar el dolor. Puede igualmente servir de refugio la idea de que, si se alcanza la verdad, cesará por fin el sufrimiento. Hay quien evita el sufrimiento cultivando la irresponsabilidad. En todos los casos se intenta huir del dolor.

No os opongáis al empleo de los términos "amparo", "refugio"; reemplazadlos, si os place, por vuestros propios vocablos, tales como Dios, fe, verdad, nuevo matrimonio, razonamiento, etc. El hecho es que, mientras haya consciente o inconsciente anhelo de escapar al sufrimiento, tendrá que existir la ilusión en sus múltiples formas.

Ahora bien, ¿por qué no habríais de sufrir? Cuando sois dichosos y estáis alegres, no afirmáis que es preciso no ser feliz; no huís de la alegría, no buscáis nada que os ampare de ella. Y si os halláis en estado de éxtasis, no recurrís a creencia alguna, a substituciones. Al contrario: destruís todo lo que os estorba, vuestros dioses, vuestras normas morales, vuestros valores, vuestras creencias, todo, en suma, para mantener dicho éxtasis.

¿Y por qué no hacéis otro tanto cuando padecéis? ¿Por qué no destruís todo lo que obsta al sufrimiento, las múltiples explicaciones de la mente, sus escapatorias, temores e ilusiones? Si os formuláis de un modo sincero y profundo esta pregunta, veréis que las creencias, los dioses, las esperanzas,

pierden su importancia. La vida, llegado ese caso, adquiere para vosotros un significado nuevo y fundamental.

En la llama del amor consúmense todos los temores.

V

Aunque intelectualmente percibamos la causa del dolor, dicha percepción tiene poca influencia en nuestras vidas. Podemos estar intelectualmente de acuerdo en que habrá miedo y sufrimiento mientras persista nuestro apego a algo; y, sin embargo, nuestro deseo de poseer es tan fuerte que se sobrepone a todo razonamiento. Aunque conozcamos la causa del dolor, éste continuará, pues el mero conocimiento intelectual no es suficiente para destruir esa causa. De tal modo, cuando a través del análisis la mente descubre la causa del dolor, ese mismo descubrimiento puede convertirse en refugio. Es una ilusión la esperanza de que cesará el sufrimiento cuando descubramos su causa.

¿Por qué la mente busca la causa del dolor? Evidentemente para superarla. Ello no obstante, en los momentos de dicha no se investiga la causa de ésta; si así se hiciera, el éxtasis cesaría. Al ansiar el éxtasis, la dicha, tratamos de dar con las causas que lo impiden. Esta ansia de dicha, y el intenso deseo de vencer el dolor, obstan precisamente a la dicha y a la desaparición del dolor.

Una mente abrumada por el deseo de alcanzar la

realidad suprema, la dicha, el amor, no puede libertarse del miedo. Este amortigua el dolor, como asimismo falsea la alegría. ¿Está todo nuestro ser en contacto directo con el dolor como lo está con la felicidad, con la alegría?

Nos damos cuenta de que no afrontamos íntegramente el dolor, de que una parte de nosotros intenta eludirlo, escapar. La mente, en este proceso, ha acumulado muchos tesoros a los que se aferra con desesperación. Cuando percibimos este proceso de acumulación, instintivamente tratamos de detenerlo. Comenzamos entonces a buscar métodos, algún modo de arrojar ese lastre. Mas el hecho mismo de buscar métodos es una nueva forma de huir.

La elección de métodos, del camino a seguir para deshacerse de esas cargas acumuladas que causan resistencia, nace del deseo de no sufrir y resulta por lo mismo perjudicial. Este perjuicio es la consecuencia del deseo de refugio, de consuelo.

Interlocutor: Se me ocurre que nadie ha pensado lo que Vd. acaba de decir. Es demasiado complicado.

KRISHNAMURTI: Estamos tratando de percibir y de sentir la verdad que libertará al hombre, y no únicamente de descubrir cuáles son las causas del dolor. Si lo que yo digo es la verdad, por complicado que parezca obrará en el sentido de la liberación.

El descubrimiento de la verdad es un proceso

complejo, dado que la mente se ha envuelto en muchas ilusiones.

No brillará la aurora de la verdad por el hecho de que se prefiera lo esencial a lo no esencial. Mas si se empieza a percibir cuán ilusoria es toda opción, esa percepción tendrá efecto libertador: disipará de un modo espontáneo la ilusión de que se nutre la mente.

¿Es acaso el amor mismo que sufre cuando se ve frustrado, cuando en nuestro ser hay amargura y vacío? No, es la revelación de la pequeñez de nuestro amor lo que nos duele.

Siempre que la mente opta por algo, su opción se basa en un prejuicio de autodefensa; y, puesto que deseamos no sufrir, nuestros actos se basan en el miedo. No pueden coexistir el miedo y la realidad suprema. Se excluyen mutuamente. Y una de las ilusiones de la mente es la que engendra la esperanza de algo superior a su propia obscuridad. Este "algo", esta ansiada realidad, es una nueva forma de refugio, de escapar al sufrimiento. El miedo hace que la mente perpetúe su estado de limitación.

Interlocutor: Sus puntos de vista conducen a una vida muy materialista.

KRISHNAMURTI: ¿Qué entiende Vd. por vida materialista? La que afirma que no hay otra existencia que la presente, que no hay realidad suprema ni ningún Dios, que la moralidad debe ba-

sarse en la conveniencia económica y social, etc. Ahora bien, ¿cuál es la actitud no materialista frente a la vida? La que dice que sí hay Dios, que hay un alma destinada a perdurar, que hay un más allá, que el individuo tiene en sí mismo una chispa de lo eterno. ¿Qué diferencia hay entre ambas actitudes, la materialista y la religiosa?

Interlocutor: Ambas se basan en creencias.

KRISHNAMURTI: ¿Por qué, entonces, desprecia Vd. el concepto materialista de la vida?

Interlocutor: Porque niega la inmortalidad.

KRISHNAMURTI: Vd. reacciona por mero prejuicio; su vida "religiosa" es en el fondo una vida irreligiosa. Aunque Vd. lo disimule con charlas sobre Dios, el amor, el más allá, en su corazón todo eso carece de significado: se trata de otras tantas frases que Vd. ha aprendido del mismo modo que el materialista ha aprendido sus propias frases e ideas. Tanto la mente religiosa como la materialista están limitadas por sus propios prejuicios, los cuales impiden la integral comprensión de la verdad y la comunión con ella.

Interlocutor: Ayer nos pidió Vd. que dijésemos por qué deseamos escapar al dolor, y de pronto yo percibí todo el significado de su pedido. Si nos abandonamos al sufrimiento en lugar de intentar elu-

dirlo, disolveremos la resistencia que hay dentro de nosotros.

KRISHNAMURTI: Sí, siempre que no se trate de un esfuerzo de voluntad. ¿Pero no es acaso artificial esto de entregarse al dolor, no es acaso un esfuerzo del intelecto para ganar algo? Al éxtasis no os entregáis, evidentemente. Si lo hiciérais, ya no sería éxtasis.

Interlocutor: No quise decir eso. Quise significar que uno sufre, simplemente, en lugar de intentar huir.

KRISHNAMURTI: ¿Por qué siente Vd. que es preciso sufrir? Cuando Vd. se dice a sí mismo que no debe eludir el dolor, es porque espera que éste le permitirá lograr determinado resultado. En cambio, si Vd. es íntegramente consciente de la ilusión que implica toda escapatoria, ya no hay ninguna voluntad de resistir al deseo de huir, ni tampoco voluntad alguna de realizar algo por medio del sufrimiento.

Interlocutor: Muy bien; esto lo percibo.

Interlocutor: ¿Quiere tener la bondad de repetir lo que acaba de decir?

KRISHNAMURTI: Uno no se entrega deliberadamente al júbilo; en el éxtasis no hay dualidad. Es un estado que espontáneamente se produce sin

que intervenga nuestra voluntad. El dolor es un signo de dualidad. Sin entender esto, perpetuamos la dualidad a través de los múltiples esfuerzos intelectuales y de los diversos procesos encaminados a superarla: nos entregamos en esa forma a lo opuesto, desarrollamos virtudes, y así sucesivamente. Todos esos intentos no hacen sino fortalecer la dualidad.

Interlocutor: ¿No obran también contra el éxtasis las resistencias que oponemos al dolor?

KRISHNAMURTI: Por supuesto. Si se es insensible a la fealdad y al dolor, también se tiene que ser profundamente insensible a la belleza y a la alegría. La resistencia al dolor es asimismo una barrera contra la dicha.

¿Qué es el éxtasis, la dicha? Es ese estado del ser en que el corazón y la mente están en completa unión, en que el temor no los divorcia, en que la mente no está contenida.

Interlocutor: ¿Hay algún mejor modo de sufrir? ¿Una forma mejor de vivir?

KRISHNAMURTI: La hay, sin duda, y eso es lo que he estado tratando de explicar. Si cada cual se da cuenta de la limitación de su propio estado, comenzará a libertarse del odio, de la ambición, de los apegos, de todos los temores que mutilan la vida.

Si la mente sale de un estado "condicionado", de limitación, tan sólo para entrar en otro, la vida tórnase absolutamente vana y sin esperanza. Eso es lo que nos ocurre a la mayoría: erramos de jaula en jaula, creyendo que cada una es más libre que la precedente, mientras en realidad cada una representa una forma diferente de limitación. Lo que es de por sí libre, no puede ir siéndolo cada vez más.

Interlocutor: Acepto el estado de limitación del mismo modo que el hecho de que la tierra gira: como parte de una evolución natural.

KRISHNAMURTI: En esa forma no pone Vd. en juego la inteligencia. Si nos contentamos con afirmar que toda existencia es limitada, jamás descubriremos si hay algún estado que pueda no ser "condicionado". Pero tornándonos íntegramente conscientes de nuestro estado limitado, cada uno de nosotros comenzará a comprender la libertad a que se llega por la desaparición del miedo.

VI

El estado de relación puede ser restringido, entre dos seres solamente; o puede tratarse de la relación de un individuo con otros muchos, en un círculo cada vez más amplio. Limitada o amplia, la importancia de la relación reside en su carácter.

¿Qué entendemos por relación? Es un ajuste entre dos deseos de índole individual. En esta relación hay lucha de opuestas adhesiones, ambiciones, esperanzas, apetencias, de tal modo que casi toda relación llega a implicar tensión y conflicto. Y la relación existe no sólo con gente y con valores externos, sino asimismo con los valores y conceptos que tenemos dentro de nosotros.

Percibimos la lucha que se desarrolla entre amigos, entre vecinos, entre nosotros y la sociedad.

¿Deberá continuar indefinidamente este conflicto? Podremos ajustar tan astutamente nuestras relaciones con otro ser, que no lleguemos nunca a establecer con él un contacto vital; o si el ajuste es imposible, se impondrá quizá la separación. Pero mientras haya cualquier forma de actividad, tendrán que existir relaciones entre el individuo y la sociedad, las cuales podrán o no ser numerosas. El ais-

lamiento es posible tan sólo en un completo estado de neurosis. A menos que uno obre de modo mecánico, sin pensar ni sentir nada, o esté limitado hasta el punto de no tener más que una norma afectiva o de pensamiento, toda su vida de relación será un constante ajuste en el sentido de la lucha y de la resistencia, o, por el contrario, de las concesiones.

El amor no es un fenómeno de relación, ni es un ajuste; es de una calidad totalmente diferente.

¿Podrá cesar alguna vez el estado de lucha, propio de la vida de relación? Por la mera experiencia no lograremos establecer relaciones ajenas a toda lucha. La experiencia es una reacción determinada por un "condicionamiento" previo, el cual produce conflicto en la vida de relación. Y no bastará dominar el medio ambiente con sus valores sociales, hábitos y pensamientos, para establecer una relación libre de luchas.

Hay conflicto entre las influencias "condicionantes" del deseo, y la corriente vivaz de la relación. No es la relación, como mucha gente cree, lo que limita, sino el deseo. Es el deseo, consciente o inconsciente, que causa constantes rozamientos en la vida de relación.

El deseo nace de la ignorancia. El deseo no puede existir independientemente; debe nutrirse de una limitación o "condicionamiento" previo, que es la ignorancia.

La ignorancia puede ser disipada. Ello es posible. La ignorancia consiste en las múltiples formas

del miedo, de la fe, de la apetencia, del apego. Todo esto crea conflictos en la vida de relación.

Cuando somos íntegramente conscientes del proceso de la ignorancia, de un modo voluntario y espontáneo, comienza a manifestarse esa inteligencia que hace frente a todas las influencias "condicionantes", que limitan. Nosotros estamos empeñados en despertar esta inteligencia, este amor, que es lo único capaz de libertar a la mente y al corazón de toda lucha.

El despertar de la inteligencia, del amor, no es el resultado de una moralidad sistemática y disciplinada, ni una proeza que se deba intentar, sino el proceso de una conciencia constantemente alerta.

Interlocutor: Toda relación es asimismo un contacto entre distintos hábitos, y a través del hábito la actividad tórnase continua.

KRISHNAMURTI: En la mayoría de los casos la acción es el resultado del hábito, el cual se basa en la tradición, en normas de pensamiento y de deseo; esto confiere a la acción una continuidad aparente. Generalmente, en consecuencia, el hábito gobierna nuestra acción y nuestras relaciones.

¿Es la acción mero hábito? Si la acción es el fruto de simples hábitos mecánicos, tiene que conducir a la confusión y al dolor. De igual modo, si la vida de relación se basa tan sólo en el contacto de dos hábitos individuales, toda ella es sufrimiento. E infortunadamente nosotros reducimos todo

contacto con el prójimo a una opaca y aburrida rutina, por incapacidad de adaptación, por miedo y por falta de amor.

El hábito es la repetición consciente o inconsciente de una acción guiada por el recuerdo de pasados incidentes, por la tradición, por normas de pensamiento y deseo, etc. A menudo se da uno cuenta de que vive en una estrecha rutina mental; y se libra de ella tan sólo para caer en otra. Este cambio de unos hábitos por otros denomínase a veces progreso, experiencia o desarrollo.

La acción, que en un momento dado puede haber sido plenamente consciente, con frecuencia se convierte en habitual, sin pensamiento, sin ningún sentir profundo.

¿Puede haber verdadera vida de relación cuando la mente no hace otra cosa que seguir una norma?

Interlocutor: Hay sin embargo acciones espontáneas que evidentemente no constituyen hábito.

KRISHNAMURTI: Sí, esto es notorio, pero tales ocasiones son raras, y nosotros desearíamos establecer relaciones de espontaneidad. Hay un buen trecho entre lo que nos agradaría ser y lo que realmente somos. Lo que desearíamos ser representa una forma de ambicioso apego que nada significa para quien trata de descubrir lo real. Si podemos comprender lo que somos, quizá sabremos lo que es.

¿Pueden existir relaciones verdaderas cuando la mente se limita a seguir una norma? Cuando uno

tiene conciencia de ese estado llamado "amor", existe una relación dinámica que no está sujeta a norma alguna, que está más allá de todas las definiciones y cálculos mentales. Pero la influencia "condicionante" del miedo y del deseo reduce esa relación a la satisfacción pura y simple, al hábito, a la rutina. Tal estado no es una relación propiamente dicha sino una forma de la degeneración y de la muerte. ¿Cómo puede haber relación verdadera entre dos rutinas individuales, por más respuesta mecánica que una de ellas obtenga de la otra?

Interlocutor: Hay un ajuste contínuo entre esos dos hábitos.

KRISHNAMURTI: Sí, pero ese ajuste es puramente mecánico, impuesto por el conflicto y el sufrimiento; y tal imposición no destruye el fundamental deseo de formar hábitos estereotipados. Las influencias externas y las determinaciones íntimas no acaban con la formación de hábitos: contribuyen tan sólo a producir un ajuste intelectual y superficial que no conduce a la verdadera relación.

¿Pueden las normas, los ideales, los estados de conformidad, conducir a la realización, a la vida y a la acción inteligentes y creadoras? Antes de que podamos responder a tal pregunta es preciso que nos formulemos esta otra: ¿nos damos cuenta, tenemos conciencia, de un estado como el señalado? Si no nos damos cuenta, no habrá conflicto; en caso contrario, habrá ansiedad y dolor. De este sufri-

miento intentamos huir; o bien tratamos de acabar con los viejos hábitos y normas. Pero al vencerlos, lo único que hacemos es crear nuevos hábitos; el deseo de un simple cambio es más fuerte que el de ser consciente de todo el proceso por el que se forman los hábitos y las normas. De ahí que vamos cambiando unos hábitos por otros.

Interlocutor: Evidentemente, sé que el hábito es una tontería, ¿pero puedo librarme de él?

KRISHNAMURTI: Antes de preguntarnos cómo vencer un hábito determinado, averigüemos qué es lo que engendra el hábito; podremos, en efecto, librarnos de un hábito, de una norma, pero al hacerlo es posible que formemos otros hábitos. Es lo que generalmente ocurre: pasamos de un hábito a otro. Y continuaremos indefinidamente haciendo lo mismo, a menos que descubramos por qué la mente trata en todo instante de formar hábitos, de seguir normas de pensamiento y deseo.

Toda verdadera relación requiere un estado de constante alerta y ajuste; y no, por cierto, conforme a una norma. Habiendo hábitos, sujeción a normas, ideales, ese estado de flexibilidad resulta imposible. Demanda constante pensamiento y emoción el ser flexible; y, dado que la mente encuentra más fácil establecer normas de conducta que ser consciente, procede a formar hábitos. Cuando el dolor y la incertidumbre que un hábito produce de pronto, llega a sacudir la mente, ésta abandona dicho

hábito para adquirir otro. El hecho de temer por su propia seguridad y comodidad obliga a la mente a seguir normas de pensamiento y deseo. La sociedad se convierte así en fuente de hábitos, normas, ideales, puesto que la sociedad es el prójimo, la relación inmediata con la que uno está siempre en contacto.

VII

El sufrimiento indica que las normas de pensamiento y de deseo están en proceso de formación. Y la mente trata de sobreponerse a ese sufrimiento adormeciéndose de nuevo mediante el desarrollo de otras normas e ilusiones. Luego, de un modo brusco, ella vuelve a reaccionar contra esa limitación que se había impuesto, para caer una vez más en el atolondramiento, hasta que se identifica en tal grado con alguna creencia o norma de pensamiento y deseo, que ya no queda sujeta a sacudidas ni en disposición de sufrir. Muchos alcanzan ese estado, que consideran como la más alta realización.

Cuando desarrollamos la voluntad que vence a toda costumbre y "condicionamiento", esa misma voluntad cae en la repetición y se torna irreflexiva.

Tenemos que comprender tanto la acción habitual como la acción ideal o conceptual, antes de que podamos comprender la acción desprovista de elementos ilusorios. La realidad reside en lo efectivo.

El estado de conciencia alerta no consiste en el desarrollo de una voluntad introspectiva, sino en la espontánea unificación de todas las fuerzas separativas contenidas en el deseo.

Interlocutor: ¿La conciencia despierta y alerta es asunto de lento crecimiento?

KRISHNAMURTI: Donde hay intenso interés hay asimismo conocimiento y plena percepción. Siendo, empero, que el ser humano es mentalmente perezoso y emocionalmente lisiado por el miedo, conviértese el despertar de la conciencia, de la plena percepción, en asunto de lento desarrollo. Y en tal caso ya no se trata realmente de conciencia alerta, sino de un proceso por el que cuidadosamente se edifican muros de resistencia. Como casi todos nosotros hemos erigido esos muros de autodefensa, el despertar de la percepción aparece como un proceso lento, un crecimiento, con lo cual queda satisfecha nuestra pereza. De esta pereza deducimos teorías de aplazamiento: decimos que eventualmente, no ahora, el estado de iluminación se alcanzará mediante un desarrollo gradual, vida tras vida, etc. Procedemos a dar tinte racional a esa pereza, y arreglamos satisfactoriamente nuestra vida conforme a ella.

Interlocutor: Este proceso parece inevitable, ¿pero cómo despertar rápidamente?

KRISHNAMURTI: ¿Representa un proceso lento el que los individuos cambien la violencia por la paz? No lo creo. Si uno percibe realmente el significado total del odio, el afecto surge espontáneamente; lo que impide esa profunda e inmediata percepción es el temor inconsciente que nos infunden

nuestros compromisos y normas, tanto intelectuales como emotivos. Esa percepción, en efecto, podría implicar un cambio radical en nuestra vida diaria: la gradual desaparición de nuestras ambiciones, la eliminación de apegos, de distinciones nacionalistas y de clase, etc. Este temor nos mueve, nos torna prevenidos; de un modo consciente o inconsciente le obedecemos, acrecentando así nuestras defensas, lo cual a su vez engendra nuevos temores. Mientras no comprendamos este proceso, estaremos pensando siempre en términos de aplazamiento, de desarrollo, de superación. No es en el futuro que puede disiparse el miedo; sólo un constante estado de percepción, de conciencia despierta, puede hacerlo cesar.

Interlocutor: Creo que debemos llegar rápidamente a la paz.

KRISHNAMURTI: Si odiáis porque vuestro bienestar intelectual y emotivo está amenazado de muchas maneras, y no hacéis otra cosa que recurrir a nuevas violencias, el odio persistirá aunque logréis momentáneamente evitar el miedo. Sólo si os mantenéis constantemente conscientes y alertas, el miedo y el odio desaparecerán. No penséis en términos de aplazamiento. Comenzad a tener conciencia, y si hay interés, ello mismo producirá espontáneamente un estado de paz, de afecto.

La guerra, la lucha que hay dentro de vosotros, el odio al prójimo, a otros pueblos, no pueden ser

suprimidos por la violencia en ninguna de sus formas. Si empezáis a percibir la absoluta necesidad de pensar y sentir con profundidad al respecto ahora mismo, vuestros prejuicios y vuestra limitación, que son la causa del odio y del miedo, quedarán revelados. Y en esta revelación estará el despertar del afecto, del amor.

Interlocutor: Creo que nos llevará toda la vida el vencer el miedo, el odio.

KRISHNAMURTI: Otra vez os ponéis a pensar en términos de aplazamiento. ¿Siente cada cual lo espantoso que es el odio, y percibe sus consecuencias? Si esto lo véis de un modo profundo, no os interesará cuándo cesará el odio, ya que él habrá cedido ante algo que es lo único capaz de producir hondo contacto y cooperación humanos.

Si uno tiene conciencia del odio o de la violencia en sus diversas formas, ¿puede esa violencia ser suprimida con el andar del tiempo?

Interlocutor: No, por cierto; no con el mero andar del tiempo. Uno necesitaría un método para librarse de ella.

KRISHNAMURTI: El mero transcurso del tiempo no acabará con el odio; éste puede ser sumamente disimulado, atentamente vigilado y prevenido. Pero el miedo, el odio, continuarán. ¿Podrá un sistema serviros para suprimir el odio? Un

método podrá sin duda ayudaros a dominarlo, podrá fortalecer vuestra voluntad de combatirlo, pero no engendrará ese afecto sin el cual el hombre no puede lograr libertad duradera. Si no tenéis el profundo sentimiento de que el odio es venenoso en sí mismo, no habrá sistema ni autoridad que os lo pueda destruir.

Interlocutor: Uno puede percibir intelectualmente que se trata de un veneno, pero sigue sintiendo odio.

KRISHNAMURTI: ¿Por qué ocurre tal cosa? ¿No es acaso por que intelectualmente sois muy desarrollados, mientras que en vuestros deseos sois aún seres primitivos? No puede haber armonía entre lo feo y lo hermoso. No hay método que pueda producir la cesación del odio; sólo puede lograr tal resultado la constante percepción de las influencias que han engendrado la división entre amor y odio.

¿Por qué existe esta división?

Interlocutor: Falta de amor.

Interlocutor: Ignorancia.

KRISHNAMURTI: Os contentáis con repetir que, si uno viviera rectamente, esa división no existiría; que ella desaparecería si uno no fuese ignorante; que el hábito es la causa de la división, que si no estuviésemos limitados habría perfecto amor.

¿No véis que estáis tan sólo recitando ciertas frases que habéis aprendido? ¿Qué valor tiene esto? Ninguno. ¿Tiene cada uno de vosotros conciencia de esta división? Por favor, no contestéis. Considerad lo que está ocurriendo dentro de vosotros.

Vemos que estamos en conflicto, que hay odio y al mismo tiempo repugnancia hacia él. Esta división existe. Podemos comprobar cómo ha surgido esa división por obra de varias causas "condicionantes". Y la mera consideración de las causas no va a libertarnos del odio, del miedo. El problema del hambre no se resuelve con sólo descubrir sus causas: el mal sistema económico, la superproducción, la mala distribución, etc. Si uno de vosotros, personalmente, tiene hambre, ella no se satisfará por el hecho de que dicha persona conozca las causas de tal padecimiento. Del mismo modo: el mero hecho de conocer las causas del odio, del miedo, y de los diversos conflictos que de ahí surgen, no disolverá el odio. Lo que le pondrá término es la conciencia alerta y sin opción, la cesación de todo esfuerzo intelectual para vencer el odio.

Interlocutor: No tenemos suficiente noción de este odio.

KRISHNAMURTI: Cuando somos conscientes del odio, nos oponemos al conflicto, al sufrimiento que éste implica, y procedemos a obrar en la esperanza de superar todo conflicto. Con esto el

intelecto adquiere mayor fuerza. Deberéis daros cuenta de todo este proceso, silenciosamente, espontáneamente; y esta percepción traerá consigo un nuevo elemento que no será el resultado de ninguna violencia, de ningún esfuerzo, sino lo único capaz de libertaros del odio y de todas las influencias que os estropean.

VIII

El odio no se disipa por la experiencia, ni por ninguna acumulación de virtudes, ni tampoco puede ser vencido por la práctica del amor: con ello no se hace otra cosa que disimular el odio. Daos cuenta de esto, y produciréis una tremenda transformación en vuestra vida.

Interlocutor: ¿Qué relación existe entre la ilusión de este desarrollo psicológico y la evolución que vemos en torno nuestro?

KRISHNAMURTI: Lo que es susceptible de desarrollarse no es duradero. Ello no obstante, cada cual se aferra a su propio desarrollo psicológico como a algo permanente. Si tuviésemos el sentimiento profundo, y con él la percepción, de que todas las cosas experimentan un constante cambio y devenir, quizá podríamos libertarnos del conflicto que llevamos en nosotros, y que existe, por lo mismo, entre nosotros y el prójimo, entre nosotros y la sociedad.

Interlocutor: Paréceme que no puedo saltar del

odio al amor, pero puedo transformar lentamente mi antipatía en un sentimiento de comprensión y atracción.

KRISHNAMURTI: No podemos limpiar de pronto nuestra mente de influencias pasadas, y empezar de nuevo.

Podemos, eso sí, ser conscientes de lo que mantiene vivos el temor y el odio; podemos darnos cuenta de cuáles son las fuerzas y reacciones psicológicas que nos impiden obrar integralmente. El pasado nos domina con sus creencias, esperanzas, temores, conclusiones, recuerdos; todo esto impide nuestra acción integral. No podemos borrar el pasado, ya que la mente es en su esencia del pasado. Pero al tener conciencia de las acumulaciones del pasado y de su efecto sobre el presente, comenzaremos a libertarnos sin violencia de los valores que mutilan la mente y el corazón.

¿Es el pasado, con sus temores e influencias dominadoras, un agudo problema para cada uno de vosotros?

La vida tal cual es, esta vida que engendra guerras, odios, divisiones, que destruye toda unidad, ¿representa o no un problema para vosotros? Si lo representa, y dado que formáis parte de ella, la comprenderéis tan sólo a través de vuestros propios sufrimientos, ambiciones, temores. El mundo sois vosotros, y su problema es vuestro problema íntimo. Si se trata para vosotros de un agudo problema, como lo espero, jamás lo eludiréis refugián-

doos en ninguna teoría, explicación, "hecho", ilusión. Pero como esto requiere un estado de grande alerta, en que uno sea intensamente consciente, suele preferirse el camino más fácil, el camino de la escapatoria. ¿Cómo podréis resolver este problema, si vuestra mente y corazón se apartan de él?

Yo no afirmo que este problema sea sencillo. No; es complejo. En consecuencia deberéis dedicarle vuestra mente y corazón. Mas ¿cómo habríais de consagrarle todo vuestro ser si os alejáis de él, si os hacéis de lado mediante escapatorias diversas que la mente ha establecido para sí?

Interlocutor: Pero no lo vemos en el momento de huir.

KRISHNAMURTI: Estamos intentando comprendernos a nosotros mismos, abrir los rincones ocultos de la mente, percibir las diversas escapatorias, para encarar la vida espontáneamente, de un modo completo y profundo. Cualquier modo de vencer un hábito con ayuda de otro, de vencer el odio mediante virtudes, representa una substitución; y el cultivar lo opuesto no acaba con las cualidades de que deseamos librarnos. Tenemos que percibir el odio como un mal en sí mismo, como algo ponzoñoso, o como la antítesis del amor.

Interlocutor: ¿No cree Vd. que podemos ver las diferentes escapatorias? Podemos saber que el odio

es ponzoñoso, y saber al mismo tiempo que él no desaparece de nosotros. Pero creo que si queremos comprenderlo plenamente, deberemos estar dispuestos a abandonarlo todo: hogar, esposa, y cuanto poseamos. Tendremos, en suma, que decir adiós a todo e internarnos en un campo de concentración.

KRISHNAMURTI: No piense en las consecuencias que traería el carecer de odio; considere, más bien, si Vd. puede librarse de él. ¿Se dice Vd. acaso a sí mismo que es incapaz de deshacerse del odio?

Interlocutor: Lo único que uno puede hacer es ensayar; no sé qué podrá lograrse en ese sentido.

KRISHNAMURTI: ¿Por qué dice Vd. que no sabe?

Interlocutor: Porque ése no es nuestro problema real.

KRISHNAMURTI: Dice Vd. que, aunque el odio exista en el mundo, en Vd. mismo y en torno suyo, no constituye para Vd. un problema agudo. Lo que ocurre es que Vd. no tiene conciencia de él. ¿Y por qué ocurre ésto? O bien porque Vd. está libre de odio, o porque se ha atrincherado y protegido a sí mismo con tanta astucia, que no siente absolutamente miedo ni odio, cierto como está de su propia seguridad.

Interlocutor: En este momento no sentimos odio.

KRISHNAMURTI: Quiere decir que no estando aquí, sí lo sentís, sí constituye para vosotros un problema. Aquí, empero, lo habéis eludido momentáneamente; pero el problema existe siempre. No podéis libraros de él, ni aquí ni en lugar alguno. Para vosotros es un problema, lo admitáis o no. Y si bien es un problema, lo habéis hecho de lado hasta perder toda noción acerca de él. Y por consiguiente afirmáis que no sabéis como obrar a su respecto.

Interlocutor: A menudo desearíamos que la vida misma obre directamente, arrancándonos las cosas que nos son caras, las cosas que apreciamos aunque nos conste su falta de valor. ¿Es esto también una escapatoria?

KRISHNAMURTI: Hay gente que se siente aliviada en tiempo de guerra porque ya no tiene responsabilidades: su vida es dirigida por el Estado Mayor. En ello reside una de las principales causas de que la autoridad, temporal o espiritual, florezca y obtenga incondicional adhesión. La muerte, en suma, es preferida a la vida.

Se nos ha educado en la creencia de que el odio es inevitable, de que debemos atravesar esa etapa, de que él forma parte del patrimonio humano, del instinto.

Estamos acostumbrados a pensar que el odio no puede ser disipado de inmediato, que tenemos que sujetarnos a alguna clase de disciplina para vencerlo. De ese modo se desarrolla en nosotros un proceso doble: violencia y paz, odio y afecto, ira y benevolencia.

Nos esforzamos por conectar estas dos fuerzas separadas, o por lograr que la una venza a la otra, o asimismo por concentrarnos en la una a fin de que la otra desaparezca.

En vano será cualquier esfuerzo que hagáis para destruir el odio mediante el amor, ya que la violencia y el miedo se revelarán en otra forma. Es preciso que lleguemos a algo mucho más profundo que la mera disciplina: deberemos descubrir por qué existe en nosotros esta dualidad de odio y afecto. Mientras no cese este doble proceso, el conflicto de los opuestos tendrá que continuar.

Interlocutor: Tal vez esté yo exento de odio...

Interlocutor: ¿Será quizá demasiado pobre nuestro amor?

KRISHNAMURTI: Estas preguntas son muy significativas: revelan cómo está influenciada, "condicionada", la mente del hombre.

Cualquier esfuerzo hecho por la mente, forma parte de aquello mismo a que ella trata de escapar.

Habiendo descubierto que el odio acarrea mucho sufrimiento, la mente encuentra que no es provechoso odiar y hace un esfuerzo para disci-

plinarse, para vencer el odio con ayuda del amor, para dominar la violencia y el miedo mediante la paz. Todo esto es indicio del fundamental y mero deseo de huir del sufrimiento; la mente quiere encontrar amparo en virtudes y cualidades que no produzcan dolor, que no causen trastornos. Hasta que cese este deseo, esta ansia de seguridad y protección, el miedo habrá de continuar con todas sus consecuencias. La mente no puede librarse del miedo; en su intento por lograrlo cultiva cualidades opuestas, lo que forma parte del propio miedo. De ese modo la mente se divide, crea en sí misma una dualidad aunque desarrolle tendencias, características y virtudes destinadas precisamente a vencer dicha dualidad.

Interlocutor: Yo no percibo muy bien cómo la mente haya podido dividirse en odio y amor.

KRISHNAMURTI: Existe el bien y el mal, la luz y las tinieblas. La luz y la obscuridad no pueden existir juntas: la una destruye a la otra.

Si la luz se ha hecho realmente, las tinieblas, el mal, han dejado de existir. El esfuerzo ya no es necesario; en tal caso es inexistente. Pero nosotros nos encontramos en estado de constante esfuerzo, porque aquello que para nosotros es la luz, no lo es realmente: es tan sólo luz y bien del intelecto.

Estamos realizando continuos esfuerzos para triunfar, para adquirir, para poseer, para estar li-

bres de apego, para crecer espiritualmente. Hay momentos de claridad en medio de la confusión que nos envuelve. Deseamos esa claridad, y a ella nos aferramos en la esperanza de que disipará las apetencias en conflicto. Este deseo de claridad, este afán de lograr que una cualidad se sobreponga a otra, es inútil derroche de energía. La voluntad que ansía, la voluntad que vence, es en efecto la voluntad de éxito y de satisfacción, la voluntad de seguridad. Y esta voluntad tendrá que seguir engendrando y manteniendo el miedo, aunque sostenga que lo que busca es la verdad, Dios. Su claridad es la claridad de la escapatoria, de la ilusión, no la claridad de lo real.

Cuando la voluntad se destruya espontáneamente a sí misma, sólo entonces surgirá esa verdad que está por encima de todo esfuerzo. El esfuerzo es violencia; y la violencia no puede coexistir con el amor.

El conflicto en medio del cual nosotros existimos no es una lucha entre el bien y el mal, entre el "yo" y el "no yo". La lucha está en la dualidad engendrada por nosotros mismos; es una lucha entre nuestros diversos deseos autodefensivos. No puede haber conflicto entre la luz y la sombra; donde hay luz no hay obscuridad. Mientras exista el miedo, seguirá habiendo conflictos, por diferentes que sean las denominaciones bajo las cuales se disfracen nuestros temores. Y como el miedo no puede de manera alguna libertarse a sí mismo, ya que todos sus esfuerzos tienen su misma fuen-

te por origen, es preciso que cesen todas las defensas intelectuales. Esta cesación se produce espontáneamente cuando el espíritu se revela a sí mismo su propio proceso. Y ello ocurre únicamente cuando hay percepción y conciencia integral, la cual no se alcanza con determinadas disciplinas o sistemas morales y económicos ni con forma alguna de coacción.

Cada cual tendrá que adquirir conciencia del proceso de la ignorancia, de las ilusiones que él mismo ha engendrado.

No es el intelecto el que podrá sacaros del caos, de la confusión y del sufrimiento actuales. La razón deberá consumirse, pero no retrocediendo sino comprendiendo y amando integralmente la vida.

Cuando la razón ya no tenga cómo protegeros con sus explicaciones, escapatorias, conclusiones lógicas; cuando haya una total vulnerabilidad, una absoluta desnudez en todo vuestro ser, se encenderá la llama del amor.

Sólo la verdad podrá libertar a cada ser del dolor y la confusión engendrados por la ignorancia.

La verdad no es la meta de la experiencia, sino la vida misma. No pertenece al mañana, porque nada tiene que ver con el tiempo. No es un resultado, un logro, sino la cesación del miedo y del deseo.

CAMPAMENTO DE OMMEN

1 9 3 8

I

¿Habéis tratado alguna vez de comunicar a un amigo lo que sentís profundamente? Ello tiene que haberos resultado muy difícil, por íntima que pueda ser vuestra amistad. Podéis entonces imaginar cuán arduo nos resulta comprendernos aquí unos a otros, siendo que nuestra relación es tan peculiar: no hay aquí esa amistad que es indispensable para llegar a un hondo entendimiento y comunicación. Casi todos los presentes observan una actitud de discípulo frente al maestro, o de secuaz, o de quien se esfuerza por asimilar determinado punto de vista; la comunicación, en esas condiciones, tórnase sumamente difícil. Ella se complica aún más cuando alguien asume actitudes de propagandista porque ha venido tan sólo a difundir las ideas de alguna sociedad o secta, o acaso la ideología que goza de momentánea popularidad. La libre comunicación sólo es posible cuando el que habla y el que escucha coinciden ambos en el mismo pensamiento.

Será preciso que durante estos días del Campamento no se manifieste esa mentalidad de maestro y discípulos, de jefe y secuaces, sino más bien

una amistosa comunicación recíproca, la cual es inasequible si la mente es cautiva de cualquier creencia o ideología. Jamás hay amistad entre un jefe y su secuaz; de ahí que una honda comunicación entre ellos sea imposible.

Yo me refiero en mis conferencias a algo que para mí es real, que me llena de dicha; y ello significará muy poco para vosotros si pensáis en cosas totalmente diversas. Si de algún modo pudiésemos alejarnos de esta absurda relación que hemos establecido entre nosotros por obra de leyendas y tradiciones, de supersticiones y toda clase de fantasías, quizá lograremos comprendernos mutuamente de un modo más natural.

Lo que deseo expresar es algo sencillísimo, al menos para mí; más al asumir forma de palabras estos pensamientos y sentimientos, tórnanse complejos. Y el mutuo entendimiento se hace aún más difícil cuando vosotros, con los prejuicios, supersticiones y barreras que os son propios, intentáis percibir lo que quiero significar, en lugar de esforzaros por despejar vuestra mente de las perversiones que impiden la plena comprensión; sin esto último no puede surgir una actitud crítica y afectuosa.

Como es sabido, este Campamento no ha sido organizado con fines proselitistas de izquierda o de derecha, ni de ninguna sociedad o ideología. Sé que hay muchos que acuden con regularidad al Campamento para hacer propaganda por sus sociedades, por su nacionalidad, por su iglesia, y

así sucesivamente. Os rogaré, pues, seriamente, que no os dediquéis a esa clase de pasatiempo. Estamos aquí con propósitos más serios. Los que sienten el prurito de esa clase de entretenimiento, tienen en otros ambientes todas las oportunidades que puedan desear. Aquí, por lo menos, tratemos de descubrir lo que individualmente sentimos y pensamos; hecho esto, comenzaremos quizá a comprender el caos, el odio que existe en nosotros y en torno nuestro.

Cada uno de nosotros tiene muchos problemas. No estamos seguros si hay que ser pacifista, o en qué medida debemos avanzar hacia el pacifismo, ni tampoco si hay que luchar por la propia patria. Tenemos problemas sociales y económicos, y los problemas de la fe, de la conducta y del sentimiento. Yo no voy a dar una respuesta capaz de resolver inmediatamente estos problemas. Lo que, en cambio, deseo hacer, es señalar un nuevo modo de encararlos; así, cuando tengáis ante vosotros estos problemas del nacionalismo, de la guerra, de la paz, de la explotación, de la fe y del amor, estaréis en condiciones de abordarlos íntegramente y desde un punto de vista que sea real.

No esperéis, por consiguiente, que desde el comienzo de estas pláticas surja la solución inmediata de vuestras diversas dificultades. Sé ciertamente que Europa es un perfecto manicomio, en que se charla de paz mientras se prepara la guerra, en que las fronteras y el nacionalismo se ven acentuados mientras la gente habla de unidad huma-

na; hay disertaciones sobre Dios y sobre el amor, y al mismo tiempo odio desenfrenado. Y éste no es sólo el problema del mundo sino vuestro propio problema, ya que el mundo lo sois vosotros mismos.

Para hacer frente a estos problemas deberéis ser incondicionalmente libres. Si de un modo u otro estáis atados, es decir, si de un modo u otro tenéis miedo, no podréis resolver ninguno de esos problemas. La verdad sólo está en la libertad ilimitada; vale decir que sólo en esa libertad seréis realmente vosotros mismos. Ser integral en toda nuestra naturaleza es ser "incondicionado". Si en cualquier forma, de cualquier manera, hay en vosotros duda, apetencia, miedo, todo ello crea una mente "condicionada" que torna imposible la solución final de los múltiples problemas.

Deseo explicar de qué modo habréis de encarar la eliminación del miedo que os limita, a fin de que podáis ser vosotros mismos en todo momento y en toda circunstancia. Este estado sin miedo es posible; y sólo en él puede surgir el éxtasis, la realidad suprema, Dios. A menos que el hombre esté plena e integralmente libre de miedo, los problemas no harán más que aumentar y sofocarlo, sin propósito ni razón de ser.

He ahí por qué deseo decir que sólo en la "incondicionada" libertad está la verdad; y que ser absolutamente uno mismo, integral en el propio ser, es estar libre de limitación, lo cual revela la suprema realidad.

¿Qué es, pues, "ser uno mismo"? ¿Y es posible que seamos nosotros mismos en todo momento? Sólo se puede ser uno mismo en todo momento si se hace algo que uno ama realmente; y sólo si uno ama de un modo total. Si hacéis algo que no podéis evitar de hacer con todo vuestro ser, sois vosotros mismos. O si amáis a alguien con absoluta plenitud, en ese estado sois vosotros mismos, sin miedo, sin traba alguna. En esos dos estados se es completamente uno mismo.

De modo, pues, que uno debe descubrir qué es lo que ama hacer. Estoy empleando la palabra "amar" deliberadamente. ¿Qué es lo que con todo vuestro ser amáis hacer? No lo sabéis. Ignoramos qué es sensato hacer y qué representa una tontería; y el descubrimiento de lo que es sensato y de lo que es disparatado constituye todo el proceso de la existencia. Esto no vais a descubrirlo en un abrir y cerrar de ojos.

¿Y cómo descubrirlo? ¿En forma mecánica, o de un modo espontáneo? Cuando hacéis algo con todo vuestro ser, de tal manera que no haya ningún sentido de miedo ni de fracaso, ni limitación alguna, os colocáis en un estado de acción en que sois vosotros mismos, sean cuales fueren las circunstancias externas. Yo afirmo que, si podéis alcanzar ese estado por el cual sois vosotros mismos en acción, encontraréis el éxtasis de la suprema realidad, Dios.

¿Es posible cultivar o lograr semejante estado mecánicamente, o surge él en forma espontánea?

He aquí lo que entiendo por proceso mecánico: toda acción impuesta desde afuera tiene que engendrar hábitos, tiene que ser mecánica, y por lo mismo no espontánea. ¿Podéis acaso descubrir mediante tradiciones qué representa ser vosotros mismos?

Permitidme que haga una ligera digresión para deciros que intentaremos, como lo hicimos el año anterior, conversar acerca de estos conceptos durante las próximas reuniones. Trataremos de abordar los diversos tópicos; no nos pondremos a discutir, sino que descubriremos de un modo amistoso lo que cada uno piensa respecto de estas cosas. En mi primera disertación deseo bosquejar brevemente lo que, a mi entender, constituye el verdadero proceso de la existencia.

¿Podéis ser vosotros mismos si vuestra naturaleza está influenciada en cualquier forma por la tradición? ¿Es posible que os encontréis a vosotros mismos por obra del ejemplo, del precepto?

Interlocutor: ¿Qué hay que entender por precepto?

KRISHNAMURTI: Mediante un precepto, mediante un aforismo (por ejemplo: que el mal es todo lo que divide, y el bien todo lo que une), o por el mero hecho de ajustarse a un principio, ¿es posible ser uno mismo? ¿Puede la vida conforme a una norma, a un ideal al que os ajustáis estrictamente y sobre el cual meditais, conduciros al

descubrimiento de vosotros mismos? ¿Puede la realidad suprema ser percibida mediante la disciplina o la voluntad? En otros términos: ¿podréis por un esfuerzo del intelecto, doblegando, dominando, disciplinando, guiando, forzando vuestro pensamiento en una dirección dada, conoceros a vosotros mismos? Y con ayuda de normas de conducta, es decir, de preconceptos sobre el modo de vivir, sobre lo que es bueno e ideal, y ajustándoos a ellos constantemente, ciñendo vuestros pensamientos y sentimientos a sus dictados, repudiando lo que consideráis malo y siguiendo porfiadamente lo que creéis bueno, ¿lograréis acaso conoceros a vosotros mismos? ¿Ese proceso os revelará lo que sois, vuestra esencia, cualquiera que ella fuere? ¿Es posible que por la coacción os descubráis a vosotros mismos? Es, ciertamente, una forma de coacción, este porfiado proceso de vencer dificultades mediante la voluntad y la disciplina, de dominar y de resistir, de negarse y de ceder.

Todo esto es el ejercicio de la voluntad, cosa que yo considero mecánica, un proceso del intelecto. ¿Llegaréis a conoceros a vosotros mismos por tales medios, por esos medios mecánicos? Todo esfuerzo, mecánico o de la voluntad, engendra hábitos. Engendrando hábitos podréis crear determinado estado, realizar determinado ideal que consideraréis ser vosotros mismos, pero que, siendo un mero resultado del esfuerzo intelectual o de la voluntad, será totalmente mecánico y en consecuencia no verdadero. ¿Puede ese proceso acarrear

la comprensión de vosotros mismos, de lo que sois?

Hay otro estado, que es espontáneo. Podréis conoceros a vosotros mismos tan sólo cuando no estéis pensando en ello, cuando no hagáis cálculos, ni os protejáis, ni estéis constantemente atentos para guiar, doblegar, transformar, dominar, vuestro propio ser; cuando os veáis a vosotros mismos inesperadamente, es decir, cuando la mente carezca de preconceptos respecto de sí misma, cuando esté abierta, no preparada para hacer frente a lo desconocido.

Si vuestra mente está prevenida, preparada, tened por seguro que no podréis conocer lo desconocido, pues lo desconocido sois vosotros mismos. Si os decís a vosotros mismos: "yo soy Dios", o "soy tan sólo un conjunto de influencias sociales, un manojo de cualidades", si tenéis cualquier preconcepto acerca de vosotros mismos, no lograréis comprender lo desconocido, aquello que es espontáneo.

De modo, pues, que la espontaneidad sólo puede surgir cuando el intelecto está desprevenido, cuando no se protege, cuando ya no tiene miedo de sí mismo; y esto no puede ocurrir sino desde adentro del propio ser. En otros términos: lo espontáneo tiene que ser lo nuevo, lo desconocido, lo incalculable, lo creador, lo que debe ser expresado y amado, y en lo cual la voluntad como proceso intelectual que domina y dirige, no desempeña papel alguno. Observad vuestros propios es-

tados emotivos y veréis que los momentos de gran alegría, de gran éxtasis, no son premeditados; ellos ocurren misteriosamente, obscuramente, sin que uno se dé cuenta. Cuando se han disipado, la mente anhela suscitarlos de nuevo, volver a captarlos, y es por ello que os decís a vosotros mismos: "Si llego a observar determinadas normas y a formar determinados hábitos, a obrar de éste pero no de aquel modo, esos momentos de éxtasis volverán nuevamente".

Siempre hay una lucha entre lo espontáneo y lo mecánico; y os ruego que no adaptéis esto a la medida de vuestros propios términos religiosos y filosóficos. Lo que os estoy diciendo es para mí vitalmente novedoso y no puede ser torcido a fin de que se adapte a vuestros prejuicios acerca del "yo" superior e inferior, de lo transitorio y lo permanente, del "yo" y del "no yo", etc. La mayoría de nosotros, por desgracia, ha destruído esa espontaneidad, ese júbilo creador de lo desconocido, que es lo único capaz de producir acción juiciosa. A través de generaciones de tradición, de moralidad basada en la voluntad, de coacción, hemos venido asiduamente cultivando la actitud mecánica ante la vida y dándole nombres de dulce sonido; pero ella es en esencia puramente intelectual, mecánica. El proceso de la disciplina, de la violencia, de la subyugación, de la resistencia, de la imitación: todo esto es la consecuencia de haber desarrollado tan sólo el intelecto, que tiene su raíz en el miedo. Lo mecánico domina nuestras vidas de

un modo abrumador. En ello se basa nuestra civilización y nuestra moralidad; y sólo en raros momentos, cuando la voluntad se ha adormecido y yace olvidada, surge el gozo de lo espontáneo, de lo desconocido.

Yo afirmo que es únicamente en ese estado de espontaneidad que podréis percibir la verdad. Sólo en ese estado puede haber acción sensata, que no es por cierto la que proviene de la voluntad o de la moralidad calculada.

Las diversas formas de disciplina religiosa y moral, las múltiples imposiciones de las instituciones sociales y éticas, son el mero resultado de una actitud mecánica frente a la vida, actitud que ha sido cultivada con esmero, que destruye la espontaneidad y que determina el aniquilamiento de la verdad.

No es por método alguno — todos los métodos tienen inevitablemente que ser mecánicos — que lograréis desentrañar la verdad de vuestro propio ser. En ninguna forma es posible forzar la espontaneidad; ningún método podrá dárosla. Sólo reacciones mecánicas pueden ser fruto de los diversos métodos. No hay disciplina que logre producir el gozo espontáneo de lo desconocido. Cuanto más os esforcéis por ser espontáneos, más se alejará de vosotros la espontaneidad, más oculta y obscura se tornará, y menos podrá ser comprendida. Y, sin embargo, eso es lo que intentáis hacer cuando os ponéis a seguir disciplinas, normas, ideales, jefes, ejemplos, y así sucesivamente. Te-

néis que encarar esto de un modo negativo, no con la intención de captar lo desconocido, lo real.

¿Percibe cada uno de vosotros el proceso mecánico del intelecto, de la voluntad, que destruye la espontaneidad, lo real? No podréis contestar de inmediato a esta pregunta, pero podréis comenzar a pensar acerca del intelecto, de la voluntad, y sobre todo a sentir su calidad destructora. Podréis percibir la naturaleza ilusoria de la voluntad, y no mediante coacción alguna, ni deseo alguno de alcanzar nada, de comprender, sino tan sólo cuando el intelecto permita que se le despoje de todas sus envolturas protectoras.

Sólo podréis conoceros a vosotros mismos cuando améis de un modo completo. En esto, hay que decirlo una vez más, consiste el proceso íntegro de la vida, que no ha de ser colegido en pocos instantes, de unas pocas palabras mías. No podréis ser vosotros mismos cuando el amor esté bajo alguna dependencia. Y no hay que confundir el amor con la mera satisfacción, por recíproca que ella sea. No hay amor cuando hay reserva, represión; no lo hay cuando es tan sólo un medio para lograr un fin; ni tampoco cuando es mera sensación. No podréis ser vosotros mismos cuando el amor esté a merced del temor; en tal caso es miedo, no amor, lo que se expresa de muchas maneras, aunque disimuléis este hecho bajo el nombre de amor. Habiendo miedo, éste no os permitirá ser vosotros mismos. Y lo único que puede hacer el intelecto es guiar al miedo, dominarlo, pe-

ro jamás destruirlo, ya que el intelecto es la causa misma del miedo.

Y siendo que el miedo no os permitirá ser vosotros mismos, ¿cómo haréis para vencerlo, para terminar con los temores de toda clase, no de un tipo determinado? ¿Cómo habrá uno de librarse del miedo, del cual se puede o no ser consciente? Si no sois conscientes del miedo, sedlo; daos cuenta de vuestros pensamientos y acciones, y pronto seréis conscientes del miedo que hay en vosotros. Y si sois inconscientes de él, ¿cómo haréis para arrancároslo? ¿Os libraréis del miedo mecánicamente, por obra de la voluntad? ¿O comenzará a disolverse por sí solo, espontáneamente? El proceso mecánico o voluntario no puede sino ocultar cada vez más hondamente el miedo, ampararlo y retenerlo cuidadosamente, permitiendo que se expresen tan sólo las reacciones de la moralidad controlada. Pero el miedo habrá de continuar y perpetuarse bajo la superficie de esa norma de conducta controlada. Tal es el resultado del proceso mecánico de la voluntad, con sus disciplinas, deseos, dominio, etc.

Mientras uno no se libre de lo mecánico, no puede surgir lo espontáneo, la realidad suprema. Y no es el ansia de lo real, de esa llama que se eleva desde lo más hondo de nuestro ser, lo que puede hacerla surgir.

Lo que os librará de lo mecánico es la profunda observación del proceso de la voluntad: habréis de identificaros con él, sin deseo alguno de veros

libre de él. Actualmente contempláis la actitud mecánica frente a la vida con el deseo de deshaceros de ella, de alterarla, de transformarla. ¿Cómo podríais transformar la voluntad, siendo que el deseo mismo forma parte de ella?

Tendréis que daros cuenta de todo el proceso de la voluntad, de lo mecánico, de sus luchas, de sus escapatorias, de sus miserias; y así como el campesino deja que la tierra quede inactiva después de la cosecha, vosotros deberéis quedaros en silencio, en estado negativo, sin expectativa alguna. Ello no es fácil. Si en la esperanza de alcanzar la suprema realidad permanecéis deliberadamente en silencio y os quedáis forzadamente en estado negativo, sólo tendréis el miedo como recompensa. Como ya lo he afirmado, este vacío creador no puede ser perseguido ni buscado por medios tortuosos. Debe, simplemente, surgir. La verdad es. Ella no representa el resultado de una moralidad organizada, ya que la moralidad que se basa en la voluntad no es moral.

Existen múltiples problemas, individuales a la vez que sociales, y para ellos no hay solución alguna a través del intelecto, mediante la voluntad. Mientras continúe en cualquier forma el proceso de la voluntad, tendrá que haber confusión y dolor. Por obra de la voluntad no podréis conoceros a vosotros mismos, no podrá surgir lo real.

II

Recordaréis probablemente que he estado tratando de explicar la diferencia entre espontaneidad y acción mecánica: lo mecánico es la moralidad voluntaria, y lo espontáneo es aquello que nace de lo profundo del propio ser. En esta conferencia hablaré de una o dos cosas relacionadas con esto, y luego abriremos un debate al respecto.

Dije que el miedo en cualquiera de sus formas engendra hábitos, los cuales impiden la ilimitada libertad; y que sólo en ésta reside la realidad suprema, la integridad de uno mismo. El miedo impide la espontaneidad.

Ahora bien: sería imposible, y hasta cierto punto ridículo, considerar en qué consiste ser espontáneo, o determinar quién es espontáneo y quién no lo es; lo sería, asimismo, pretender analizar las cualidades y características de la espontaneidad. Cada cual sabrá en qué consiste ser espontáneo, ser real, cuando se produzca el apropiado estado de conciencia; os daréis cuenta de que sois verdaderamente espontáneos cuando seáis realmente vosotros mismos. Juzgar a otra persona para discernir si ella es espontánea, significa en realidad que

uno posee una norma de espontaneidad, lo cual es absurdo. Discernir lo que es espontáneo revela una mente que sólo reacciona de un modo mecánico ante sus propios hábitos y reglas morales.

Así, pues, resulta vano y representa una pérdida de tiempo que conduce a formar meras opiniones, el ponerse a considerar en qué consiste ser real, espontáneo, ser uno mismo. Ocupémosnos más bien en indagar cuál es el estado que necesariamente revelará la realidad suprema.

¿Cuál es ese estado, la condición mental apropiada? No existe división entre estado **interno** y **externo**; si procedo a establecer dicha división, es únicamente para fines de observación, para comprender con mayor claridad. Tal división, lo repito, no existe realmente.

Sólo sobre la base del estado íntimo apropiado pueden ser alteradas, mejoradas y fundamentalmente transformadas las condiciones externas. Abordar con criterio superficial, es decir, sobre la base de lo **externo**, el problema de crear condiciones justas, muy poco significado tendrá para la comprensión de la verdad, de Dios.

Es preciso comprender cuál es el apropiado estado íntimo, aunque no por imposiciones superficiales o mandato de autoridad alguna. La honda transformación interna una vez producida, hará que se encaren siempre en forma inteligente las condiciones externas. Percibamos plenamente, de una vez por todas, la importancia de este indispensable cambio íntimo, y no confiemos tan sólo en la

alteración de las circunstancias externas. Es siempre el móvil íntimo, la intención profunda, que determina los cambios externos. Los móviles, los deseos humanos, no serán fundamentalmente alterados por el mero hecho de transformar y dirigir lo externo.

Si en su fuero íntimo un hombre es apacible y afectuoso, libre de codicia, es evidente que no será necesaria ley alguna para imponerle la paz, ni policía que regule su conducta, ni instituciones que sostengan su moralidad.

Los hombres hemos atribuído gran importancia a lo externo, para mantener la paz; mediante instituciones, leyes, policía, ejércitos, iglesias y otras cosas más, intentamos mantener una paz que en realidad no existe. Recurriendo a la dominación y a las imposiciones, y oponiendo la violencia a la violencia, esperamos ver surgir un estado de paz.

Si esto lo comprendéis realmente, profundamente, honestamente, veréis cuán importante es no abordar los muchos problemas de la vida diferenciándolos en externos e internos; percibiréis que hay que proceder con criterio comprensivo e integral.

¿Cuál es, pues, el estado íntimo que se requiere para ser uno mismo, para ser espontáneo? La primera condición necesaria es que cese el mecanismo por el cual se forman los hábitos. ¿Cuál es la fuerza motriz que está detrás de ese mecanismo?

Antes de responder a esta pregunta, habremos

de descubrir si nuestros pensamientos y nuestro sentir son el resultado de meros hábitos y tradiciones, si se ajustan a ideales y a principios. Si lo pensamos honesta e inteligentemente, veremos que los pensamientos y sentimientos de casi todos nosotros tienen por origen normas establecidas, es decir, ideales o principios.

Este hábito mecánico, y su fuerza motriz, acarrean como consecuencia ulterior el deseo de certeza. Todo el mecanismo de la tradición, de la imitación, del ejemplo, del afán de labrarse un porvenir, del ideal, de lo perfecto y su realización, consiste en el deseo de estar en seguridad; y el desarrollo de varias cualidades que se supone indispensables, es para que dicho mecanismo tenga asegurado el éxito.

El deseo da a nuestro pensamiento una falsa continuidad; y la mente se aferra a dicha continuidad, cuyas acciones se reducen a seguir normas, ideales, principios, y a establecer hábitos. De ello resulta que la experiencia no es jamás nueva, jamás fresca, jamás jubilosa, jamás creadora; y es asimismo por tal causa que las cosas muertas, el pasado, adquieren extraordinaria vitalidad.

Veamos mediante algunos ejemplos lo que quiero significar. Tomemos el caso del nacionalismo, que actualmente está tornándose de más en más fuerte y cruel. ¿No es acaso el nacionalismo un falso amor del hombre? Alguien que sea nacionalista de corazón no puede ser nunca un ser humano completo. Para un nacionalista, el interna-

cionalismo representa una falsedad. Muchos sostienen con insistencia que se puede ser nacionalista y al mismo tiempo no ser de ninguna nación: esta es una imposibilidad, una mera argucia de la mente.

Sentirse apegado a cierto pedazo de tierra, impide amar al todo universal. Luego de crear un falso y artificial problema, procedemos a resolverlo mediante argumentos complejos y sutiles acerca de la necesidad del nacionalismo y de su mantenimiento; justificamos así el odio y la división. Todos esos razonamientos son por fuerza falsos e insensatos, ya que el problema en sí es ilusorio y representa una perversión. Comprendamos este asunto del nacionalismo, y al menos a este respecto mantengamos nuestro sano juicio en un mundo de insanía y brutales imposiciones.

El amor organizado al propio país, con sus afectos y sus odios reglamentados, cultivados e impuestos mediante la propaganda y por la acción de hombres dirigentes, ¿no es acaso un mero interés creado? ¿No se debe la existencia de este llamado amor patrio al hecho de que él nutre nuestro propio egoísmo por medios tortuosos? Todo esto tiene por fuerza que crear hábitos mecánicos, los cuales están constantemente en conflicto con la integridad y los afectos del hombre. El prejuicio, los odios y el miedo no pueden sino crear divisiones, las cuales inevitablemente engendran guerras: la guerra no sólo dentro de uno mismo, sino también entre pueblos.

Si el nacionalismo es tan sólo un hábito, ¿qué

se debe hacer? El hecho de carecer de pasaporte no lo libra a uno del hábito nacionalista. Una mera acción superficial no os librará de la convicción íntima y brutal que podáis tener acerca de vuestra superioridad de raza. ¿Cuál es vuestra reacción cuando comprobáis que hay en vosotros sentimientos de nacionalismo? ¿Tenéis la sensación de que ellos son inevitables, que habréis de pasar por el nacionalismo para llegar al internacionalismo, que es preciso comenzar por ser brutal para luego llegar a ser pacífico? ¿Cómo razonáis al respecto? ¿O bien no razonáis sino que os contentáis con seguir vuestra bandera porque millones de seres practican el mismo absurdo? ¿Por qué estáis todos tan silenciosos? ¡Pero a buen seguro estaréis dispuestos a discutir conmigo sobre Dios, la reencarnación o las ceremonias!

Este problema del nacionalismo llama a vuestra puerta aunque no os agrade. ¿Cuál es vuestra respuesta?

Interlocutor: ¿No será posible considerar el nacionalismo como un progreso respecto del provincialismo?

Interlocutor: No hay duda de que es la misma cosa.

Interlocutor: Yo encuentro que el nacionalismo es un provincialismo más amplio.

Interlocutor: A mí me parece, señor, que Vd.

se expresa en términos exagerados respecto del criterio nacionalista. Tengo la impresión de que ahora hay menos sentimiento nacional en algunas partes del mundo que hace cincuenta años, y que a medida que pase el tiempo el sentimiento nacional disminuirá en un número creciente de personas, con lo cual el internacionalismo tendrá más probabilidades de imponerse. Creo que es de suma importancia disponer de tiempo para que los elementos moderados de la población aumenten su sentimiento y sus convicciones internacionales, y para evitar, de ser ello posible, una explosión que barrería no sólo con lo malo sino también con lo bueno de la actual civilización.

KRISHNAMURTI: La cuestión, sin duda, es ésta: ¿Es posible llegar alguna vez a la paz por la violencia, ya se llame ésta provincialismo, nacionalismo o internacionalismo? ¿Puede lograrse la paz por lentas etapas? El amor no es cuestión de tiempo ni de educación. Tengo entendido que la última guerra se hizo por la democracia; y ahora, sin embargo, nos preparamos más que nunca para la guerra, y hay menos libertad que antes. No os dediquéis, os lo ruego, a meros ejercicios intelectuales sobre este tema. Si no tomáis en serio vuestros pensamientos y sentimientos, y no los consideráis de un modo profundo, os satisfaréis con respuestas superficiales.

Si creéis buscar la verdad, o aspiráis a crear en el mundo una nueva convivencia humana, el na-

cionalismo no es camino para ello; ni tampoco pueden establecerse relaciones de afecto, de amistad, por medio de cañones. Cuando se ama profundamente, no es cuestión de uno ni de muchos: lo que existe, en tal caso, es ese estado vital que llamamos amor, en el cual puede haber "uno", sin que por ello estén excluídos los demás seres. Pero si os decís a vosotros mismos que amando a un ser surgirá el amor por todos los otros, lo que consideráis no es por cierto el amor sino tan sólo su resultado, el cual es una forma del miedo.

Veamos ahora otro ejemplo del proceso de ese mecanismo que engendra hábitos y destruye el vivir creador. Tenéis que convertiros en nuevos hombres para comprender la realidad suprema.

Tomemos el problema de cómo tratar a nuestros semejantes. ¿Habéis observado cómo tratáis vosotros a la gente? Lo hacéis con gran consideración cuando creéis que es gente superior, y con indiferencia u ofensivo desprecio si su condición es humilde. ¿Lo habéis observado? (Sí). Ello resulta evidente en este lugar: hay una marcada diferencia entre el modo de tratarme a mí y el que empleáis con vuestros camaradas o con aquellos que ayudan a dirigir el Campamento; la hay, asimismo, entre la forma de conduciros con una persona que posee algún título, y la que caracteriza vuestro trato con el común de los mortales. Es diferente, por último, el respeto que os merece el dinero, del que no os merecen los pobres. ¿No es esto el resultado de un mero hábito, de la tradi-

ción, de la imitación, del deseo de triunfar, de la costumbre de satisfacer la propia vanidad?

Si os detenéis a pensar en esto, percibiréis que el hábito es el medio en que vive y se mantiene la mente, aunque ella afirme que debe ser espontánea, libre. ¿De qué sirve que me escuchéis, si este hecho evidente escapa a vuestra consideración? De nuevo guardáis silencio porque en vuestras vidas ocurre comúnmente lo que acabo de señalar, y no deseando ser desenmascarados con excesiva crudeza, os habéis sentido algo nerviosos al abordarse este tema.

Dado que este hábito existe — y, salvo el caso de contadas personas, se trata de un mero hábito, no de una acción consciente y deliberada — él desaparecerá cuando os déis cuenta de su existencia y siempre que améis realmente todo este proceso del vivir. Si esto no os interesa, aunque me escuchéis y quizá os sintáis intelectualmente excitados durante unos minutos, seguiréis exactamente como antes. A aquellos, en cambio, que se interesan profundamente y que anhelan comprender la verdad, yo les digo que observen cómo éste y cualquier otro hábito crea una cadena de recuerdos cada vez más fuerte, que llega a ser tan sólo el "yo", lo "mío". Este mecanismo es el "yo", y mientras continúe el proceso, no habrá de producirse el éxtasis del amor, de la verdad.

Tomemos otro ejemplo, el de la meditación; y ahora veo que el asunto comienza a interesaros. El nacionalismo, el modo de tratar al prójimo,

el amor, la meditación: todo esto forma parte del mismo proceso y emana de la misma fuente. Si examinamos cada uno de estos hechos separadamente, es para comprenderlo mejor.

Es posible que querráis debatir conmigo el tema de la meditación, ya que la mayoría de vosotros, de un modo u otro, practica eso que se llama meditación, ¿no es así? (**Sí y no**). Algunos lo hacen; otros no. Aquellos que se dedican a esa práctica, ¿por qué lo hacen? Y aquellos que no se dedican a ella, ¿por qué no lo hacen? ¿Cuál es el motivo que guía a los que no meditan? O bien su actitud es de absoluto descuido e indiferencia, o temen verse envueltos en todas esas tonterías o alcanzar la revelación de sí mismos, o les desagradaría adquirir nuevos e inconvenientes hábitos, y así sucesivamente. ¿Y cuál es el móvil de los que meditan?

Interlocutor: El egoísmo.

KRISHNAMURTI: Presenta Vd. este vocablo como una explicación. Yo también puedo daros una muy buena explicación, pero el hecho es que estamos tratando de avanzar más allá de las meras explicaciones. Estas, por lo común, ponen punto final al pensamiento. ¿Qué estamos tratando de hacer al debatir esta cuestión? Estamos revelándonos unos a otros; estamos ayudándonos mutuamente a percibir lo que somos. Vosotros obráis para mí a modo de espejo, cosa que yo hago para

vosotros sin deformación alguna. Pero si os contentáis con dar una explicación, con articular, unas pocas palabras, empañáis el espejo e impedís la clara percepción.

Estamos intentando descubrir por qué meditamos, qué significa la meditación. Aquellos de vosotros que meditan, lo hacen probablemente porque creen que necesitan cierto equilibrio y claridad, mediante la introspección, a fin de abordar los problemas de la existencia. De modo, pues, que dedicáis cierto tiempo para dicho objeto, y durante ese lapso esperáis entrar en contacto con algo real que os servirá para guiaros durante el día. ¿No es así? (Sí). Durante ese tiempo, empezáis a disciplinaros; o durante el día entero disciplináis vuestros pensamientos y sentimientos, así como vuestras acciones, conforme a la norma establecida para aquellos cortos momentos de "meditación".

Interlocutor: No, yo la considero como un paso en el sendero de la liberación del "yo", como un paso tan sólo.

KRISHNAMURTI: Es evidente que Vd. está diciendo lo mismo que yo, aunque con sus propias palabras. ¿Es posible que mediante la disciplina lleguéis a libertar el pensamiento, a libertar la emoción? Este es el problema que plantea mi interlocutor. ¿Puede uno volverse espontáneo, comprender lo desconocido, lo real, con ayuda de la disciplina? Esta implica una norma, un molde para dar

forma; y aquello que es la verdad tiene que ser lo desconocido y no puede ser abordado por lo conocido.

Interlocutor: Creo que medito porque deseo conocerme a mí mismo, porque tengo miedo de mí mismo, porque me odio a mí mismo como odio al prójimo; y si quiero conocerme es para protegerme. Odio y amo al prójimo a la vez. Lo odio porque pone en peligro mis hábitos, mi bienestar. Lo amo porque lo necesito. Y soy nacionalista porque me inspiran temor los del otro lado de la frontera. Me defiendo de todos los modos posibles.

KRISHNAMURTI: Dice Vd. que medita para protegerse. Ello es así, pero deberíamos penetrar más hondamente en la cuestión de la disciplina, y no sólo de aquélla que nos impone el mundo exterior mediante las diversas instituciones de la moral organizada, o con ayuda de sistemas sociales determinados, sino también en el problema de la disciplina que el deseo desarrolla.

La disciplina impuesta desde afuera, por la sociedad o por ciertos dirigentes, tiene por fuerza que destruir la realización individual; creo que esto es bastante obvio. Tal disciplina, coacción, conformidad, se limita a aplazar el problema del miedo individual y de las muchas ilusiones que él engendra.

Existen muchas razones para disciplinarse. Todas ellas provienen del deseo que uno siente de pro-

tegerse de distintas maneras: por la realización espiritual, tratando de ser más sabio y más noble, encontrando al Maestro, alcanzando mayor virtud, ajustándose a principios e ideales, ansiando y buscando la verdad, el amor y otras cosas más. Todo esto muestra la acción del miedo; y las nobles razones son tan sólo el modo de disimular ese innato temor.

Os decís a vosotros mismos: "Para alcanzar a Dios, para descubrir la suprema realidad, para ponerme en comunión con lo Absoluto, con lo Cósmico" —todas esas frases las conocéis— "debo empezar por disciplinarme; debo aprender a concentrarme mejor; debo practicar la atención alerta, desarrollar ciertas virtudes". Cuando afirmáis todo eso y os disciplináis, ¿qué ocurre con vuestros pensamientos y emociones?

Interlocutor: ¿Quiere Vd. decir que ése es un modo de glorificarse a uno mismo?

Interlocutor: En esa forma engendramos hábitos.

KRISHNAMURTI: Supongamos que uno concibe un dechado de lo que es el bien o que ese dechado ha sido impuesto por la tradición y la educación, o que uno ha aprendido que el mal es lo que divide: si tal noción constituye el ideal, la norma de conducta que uno sigue a través de la meditación y de la disciplina impuesta por uno mismo, ¿qué ocurre en tal caso con los pensamien-

tos y emociones? Ocurre que uno los fuerza, violenta o suavemente, a adaptarse, con lo que establece un nuevo hábito en lugar del antiguo. ¿Es o no así? (Sí).

El intelecto y la voluntad, de tal modo dominan y dan forma a la moralidad; se trata de la voluntad basada en el deseo de autodefensa. El deseo de protegerse a uno mismo nace del miedo, el cual niega la realidad. El camino de la disciplina es el proceso del miedo, y el hábito engendrado por lo que llamamos meditación destruye la espontaneidad, la revelación de lo desconocido.

Interlocutor: ¿No se podrá formar un hábito de amor sin perder la espontaneidad?

KRISHNAMURTI: El hábito es un fenómeno de la mente, de la voluntad, que sólo se sobrepone al miedo sin hacerlo desaparecer. Las emociones son algo creador, vital, nuevo, y por consiguiente no se las puede convertir en hábito por más que la voluntad trate de dominarlas y dirigirlas.

Es la mente, la voluntad, con sus apegos, temores y deseos, que determina un conflicto entre ella y la emoción. El amor no es la causa del dolor; son los temores, deseos y hábitos de la mente que engendran el sufrimiento, la agonía de los celos, la desilusión. Después de haber engendrado conflictos y dolor, la mente y su voluntad de satisfacción encuentran razones, excusas, escapatorias, que reciben diversos nombres: desapego, amor

impersonal, etc. Es preciso que comprendamos todo el mecanismo por el que se forman los hábitos, y no que preguntemos cuál disciplina, norma o ideal es mejor, Si la disciplina es coordinación, no podrá realizarse por imposición, mediante ningún sistema. El individuo tiene que comprender su propia profunda complejidad, y no contentarse con buscar un dechado para realizar.

No practiquéis disciplinas, ni sigáis normas y meros ideales; sed conscientes, en cambio, del proceso por el que se forman los hábitos. Daos cuenta de las viejas rutinas a que la mente ha estado sometida, y también del deseo de crear otras nuevas. Experimentad seriamente al respecto. Habrá quizá para vosotros mayor confusión y sufrimiento, ya que la disciplina, las leyes morales, han mantenido sujetos los ocultos deseos y propósitos. Cuando tengáis plena conciencia, con todo vuestro ser, de esa confusión y sufrimiento, sin esperanza alguna de evasión, surgirá espontáneamente aquello que es real. Pero es preciso que améis, que esa confusión y sufrimiento os entusiasmen. Y habréis de amar con vuestro propio corazón, no con el de otro.

Si comenzáis a experimentar con vosotros mismos, veréis que se produce una curiosa transformación. En el momento de mayor confusión, prodúcese la claridad; en el momento de mayor miedo, surge el amor. Habréis de llegar a ello espontáneamente, sin que se ejercite la voluntad.

Os recomiendo seriamente que experimentéis con

lo que he estado diciendo; cuando lo hagáis, comenzaréis a percibir de qué modo el miedo destruye la percepción creadora. Pero no se trata de algo que haya de ser deseado y cultivado, ni que deba buscarse.

III

He estado tratando de explicar cuál es el estado íntimo propicio para que se pueda verdaderamente ser uno mismo; es decir, que mientras exista el mecanismo engendrador de hábitos no es posible ser uno mismo, por bueno que se considere el resultado de dicho mecanismo. Todo hábito tiene que impedir la clara percepción, y, asimismo que ocultar la integridad del propio ser. Este mecanismo se ha desarrollado como medio de evasión, como proceso destinado a encubrir y a disimular la propia confusión e incertidumbre; ha ido formándose para disfrazar la inutilidad de las propias acciones y la rutina del trabajo, de las ocupaciones del hombre; o bien para escapar al dolor, al desengaño, a la sensación de vacío y otras cosas por el estilo.

Nosotros intentamos siempre huir de la ignorancia y del miedo mediante hábitos que los contrarresten, que les resistan: hábitos morales y basados en ideales. Cuando en nosotros hay desengaño y sufrimiento, el intelecto presenta en forma mecánica soluciones, explicaciones, insinuaciones. que poco a poco se cristalizan y se convierten en hábitos mentales. Así se disimulan el sufrimiento y la duda.

El miedo, pues, es la raíz misma del mecanismo engendrador de hábitos. Es indispensable que comprendamos su proceso. Y en este caso no entiendo por comprensión el mero hecho de formarnos a su respecto un concepto intelectual, sino el hecho de adquirir conciencia de él como de un proceso que se desarrolla realmente: habremos de percibirlo como algo que ocurre a diario en nuestra existencia. La comprensión es un proceso de autorrevelación, de percepción que no es objetiva y mecánica sino que forma parte de nuestra misma existencia.

Para comprender el mecanismo de la evasión por obra del hábito, tenemos primero que descubrir el móvil oculto, el móvil que nos impulsa a realizar determinados actos y que acarrea consigo lo que llamamos experiencia. Mientras no entendamos la fuerza motriz de este mecanismo determinante de la evasión, de muy poco servirá tomar en cuenta los distintos casos de evasión.

La experiencia es un proceso de acumulación y de denudación, de revelación y de fortalecimiento de viejos hábitos; es un derrumbe y una reconstrucción de lo que llamamos voluntad. La experiencia fortalece la voluntad, o por momentos la destruye; suscita deseos intencionales o disipa los que hemos acumulado, con lo que sólo crea nuevos deseos. Es en este proceso de la experiencia, del vivir, que gradualmente se forma la voluntad.

Ahora bien: no existe ninguna voluntad divina, sino únicamente la sencilla y ordinaria voluntad del deseo humano: la voluntad de alcanzar

éxito, de lograr satisfacción, de ser. Esta voluntad es una resistencia, y ella es fruto del miedo, el cual guía, elige, justifica, disciplina. Esta voluntad no es divina; no está en conflicto con la voluntad que llamamos divina, sino que, en razón de su existencia misma, es una fuente de conflicto y de dolor, ya que ella es la voluntad nacida del miedo. No puede haber conflicto entre la luz y la sombra; donde está la una, la otra no puede estar. Por mucho que cubramos de características divinas a esta voluntad, por mucho que la decoremos con nombres y principios sonoros, la voluntad es en su esencia el resultado del miedo, del deseo.

Algunos tienen conciencia de esta voluntad que nace del miedo, con todas sus permutaciones y combinaciones. Otros, tal vez, perciben que ella no es más que miedo, y tratan de abatirla persiguiéndola a través de sus múltiples expresiones; con ello crean otra forma de voluntad, y al acabar con una resistencia, lo único que hacen es suscitar una nueva.

De modo, pues, que antes de inquirir cuáles han de ser los medios a emplear para deshacernos del miedo mediante la disciplina, mediante la formación de nuevos hábitos, tenemos que empezar por comprender la fuerza motriz que está detrás de la voluntad. Ya he explicado lo que entiendo por comprensión. Esta comprensión no es un proceso analítico ni intelectual; no es asunto de salón ni de especialistas. Ella debe ser asimilada a través de la acción diaria, de nuestro diario contacto con la

gente. En otros términos: el proceso del vivir nos revelará, por poco que estemos despiertos, el funcionamiento de esa voluntad, de ese hábito, el círculo vicioso consistente en crear una resistencia tras otra, y al que podemos dar diversas denominaciones: ideales, amor, Dios, verdad, y así sucesivamente.

La fuerza motriz que está detrás de la voluntad es el miedo, y cuando empezamos a darnos cuenta de esto, el mecanismo del hábito interviene para ofrecernos nuevas escapatorias, nuevas esperanzas, nuevos dioses. Y es en el preciso momento en que la mente comienza a perturbar la percepción de nuestro miedo, que debemos estar sumamente alertas para no retirarnos, para que no nos distraigan los ofrecimientos del intelecto, ya que la mente es sutil y astuta. Cuando lo único que hay es miedo, sin esperanza alguna de poder huir; es decir, en los momentos más sombríos, cuando nos encontramos en la absoluta soledad del miedo, de ella surge, por así decirlo, la luz que disipa las tinieblas.

Cualquier intento que hagamos, superficial e intelectualmente, para terminar con el miedo mediante las diversas formas de disciplina y las normas de conducta, sólo conduce a suscitar nuevas modalidades de la resistencia; y es de este hábito que caemos cautivos. Cuando preguntáis cómo librarnos del miedo, cómo desterrar hábitos, lo que hacéis es abordar el problema desde afuera, intelectualmente; vuestra pregunta, en consecuencia, carece de significado. No es por la voluntad que di-

siparéis el miedo, pues la voluntad es hija del miedo; éste tampoco puede ser destruído por el "amor", ya que si el amor es usado con fines destructivos, deja de ser amor para convertirse en otro nombre de la voluntad.

Interlocutor: Desearía me explicase qué es el "samadhi". Los que lo han alcanzado afirman que es una verdadera realización. ¿No es, quizá, por el contrario, una mera forma del suicidio, el resultado final de un método artificioso? ¿No hay en él una ausencia absoluta de toda actividad creadora? Ha señalado Vd. la necesidad de que se sea uno mismo, mientras ese estado es la destrucción de uno mismo. ¿No es así?

KRISHNAMURTI: Todo proceso que lleve a la limitación, a la resistencia, a aislarse, por así decirlo, en un estado intelectual o ideal, es destructivo del vivir creador. Esto, sin duda, es evidente. Dicho de otro modo: si uno tiene un ideal de amor —y todos los ideales son intelectuales y por lo tanto mecánicos— y trata de practicarlo, convirtiendo al amor en un hábito, uno alcanza ciertamente un estado definido. Pero ese estado no es amor, sino tan sólo una realización intelectual.

Todos los pueblos persiguen ideales. Los hindúes lo hacen a su modo, y los cristianos y otros organismos religiosos también. El miedo crea el ideal, la norma, el principio, dado que la mente persigue su propia satisfacción. Cuando ésta se ve

amenazada, la mente escapa hacia el ideal. Y una vez que el miedo ha creado la norma, imprime su sello al pensamiento y al deseo, y gradualmente destruye la espontaneidad, lo desconocido, lo creador.

Interlocutor: Mi mayor temor es que la vida de algún otro ser, o la mía, quede inutilizada.

KRISHNAMURTI: Cada uno, en realidad inutiliza su propia vida a su modo. ¿No destruímos acaso nuestra propia integridad? Por nuestros propios deseos, por nuestras propias limitaciones, nos pasamos deteriorando nuestras vidas. Capaces como somos de inutilizar nuestra propia existencia, cuando ejercemos el dominio de otro ser, ya se trate de un niño, de un dependiente o de un vecino, procedemos a deformarle la vida.

Hay instituciones gubernamentales o religiosas a las que nos vemos sujetos, de grado o por fuerza. ¿A qué clase de deterioro refiérese entonces la pregunta? ¿A la perversión deliberada de la propia existencia, o a su deformación por obra de poderosas instituciones? Nuestra reacción natural consiste en decir que las instituciones, grandes y pequeñas, corrompen nuestras vidas. Existe la tendencia a echar la culpa a lo externo, a las circunstancias.

Dicho en otra forma: vivimos en un mundo de reglamentaciones, de coacción, en el mundo de la técnica muy hábil con que los gobiernos y las re-

ligiones organizadas mantienen sujeto al individuo. ¿Qué hay, pués, que hacer? ¿Cómo deberá conducirse el individuo? Me pregunto cuántos de vosotros se han planteado seriamente este problema. Algunos se han dado tal vez cuenta de lo brutal que es todo esto, y por tal causa es posible que hayan ingresado en sociedades o agrupaciones que prometen alterar en cierta medida este estado de cosas. Mas, al procederse a realizar dicho cambio, la organización del partido o de la agrupación ha alcanzado tan gran importancia y tan vastas proporciones, que el individuo se ve de nuevo aprisionado por el mecanismo colectivo.

¿Cómo abordar este problema? ¿Desde afuera o desde lo íntimo de nuestro ser? No hay tal división entre lo externo y lo interno, por cierto; y sin embargo, el mero hecho de alterar lo externo no puede producir cambios fundamentales en lo íntimo del ser. Si os dáis cuenta de que estáis arruinando vuestra vida, ¿qué ayuda podéis esperar de instituciones o normas externas?

Si tenéis la profunda sensación de que la violencia en cualquiera de sus formas sólo puede engendrar violencia, no evitaréis quizá las guerras pero seréis por lo menos un centro de cordura, de sanidad, como un médico en medio de las enfermedades. Del mismo modo, si percibís integralmente de qué manera arruináis vuestra existencia, esa percepción comienza a enderezar las cosas que en vosotros estaban torcidas. Una acción semejante no es evasión.

Interlocutor: ¿Deberemos retornar al pasado? ¿Debo tener conciencia de lo que he sido? ?Es preciso que conozca mi karma?

KRISHNAMURTI: Cuando uno es profundamente consciente, tanto el pasado como el presente se revelan, lo cual no representa ningún misterioso proceso puesto que, al tratar de entender el presente, los temores y limitaciones pasados se nos revelan.

"Karma" es una palabra sánscrita cuyo verbo significa "obrar". Una filosofía de la acción ha surgido en torno de la idea según la cual "lo que uno siembra recoge"; no es necesario, empero, que nos detengamos a analizar esto. Sabemos que toda acción nacida de la idea de recompensa o castigo tiene que limitar, ya que ella proviene del miedo. Según sea la limitación del hombre, sus actos le traerán claridad o confusión. Si uno se ve inducido a adorar el éxito, ya sea aquí o en la llamada esfera espiritual, ello significa que se persigue la recompensa; como consecuencia surgen las esperanzas y los temores, que condicionan toda acción, todo vivir. La vida se convierte entonces en un proceso de aprendizaje, de constante acumulación de conocimientos. ¿Para qué atesoramos estos llamados conocimientos?

Interlocutor: ¿Será preciso que no haya en nosotros alguna norma de acción?

KRISHNAMURTI: Hemos llegado a la cuestión fundamental: ¿Hay que vivir de acuerdo a normas, ya sean externas o internas? La norma externa se reconoce fácilmente porque representa una coacción, la cual impide la realización individual. Buscamos, pues, una norma íntima que cada cual crea con sus acciones y reacciones, con su juicio acerca de los valores, deseos, experiencias, temores, etc. ¿En qué se basa esta norma interna, por más que varíe constantemente? ¿No se basa acaso en el deseo autodefensivo, en los múltiples temores que engendra ese deseo? Son estos temores y deseos los que engendran una norma de conducta, de moralidad; y la norma constante es el miedo, que asume diferentes formas según sean las circunstancias. Hay también gente que encuentra refugio en la fórmula intelectual "la vida es una"; otros lo hallan en el amor de Dios, que también es una fórmula del intelecto, y todos convierten a esas fórmulas en normas y principios para su vida diaria. La moralidad voluntaria no es moral sino la expresión del miedo.

IV

Cada uno de nosotros tiene su propio y peculiar problema. Algunos se sienten preocupados por la muerte, por el miedo a la muerte y por lo que habrá de ocurrir en el más allá; otros se hallan tan solos y aislados en medio de sus ocupaciones, que buscan algún modo de sobreponerse a esa sensación de vacío; algunos son presa de la aflicción; y los hay, por último, a quienes la rutina del trabajo llena de tedio, o que tienen ante sí el problema del amor con todas sus complejidades. ¿Cómo habrán de resolverse todos esos problemas, o el problema propio de cada ser? ¿Hay un solo problema, o hay muchos problemas diversos? ¿Deberá cada uno ser resuelto por separado, aisladamente de los otros, o bien, determinando el origen de cada problema, encontraremos que todos son en el fondo uno solo? ¿Es esto realmente así? ¿Llegaremos, descubriendo el origen de cada dificultad, al problema central mediante cuya comprensión resolveremos todos los otros?

Existe un solo problema fundamental, que se expresa de muchos modos diferentes. Cada uno de nosotros tiene conciencia de una dificultad deter-

minada, y desea encararla. Al resolver la dificultad especial que a uno le preocupa, se puede eventualmente dar con el problema central; pero en el proceso de llegar hasta allí, la mente se fatiga adquiriendo conocimientos, fórmulas, normas, que en realidad ponen trabas a su comprensión del problema central. Algunos intentan determinar el origen de cada problema, y en el proceso de examen y de análisis van aprendiendo, acumulando lo que se denomina conocimiento. Este se convierte poco a poco en fórmulas, en moldes rígidos. La experiencia nos provee de recuerdos y valores que guían, disciplinan, e inevitablemente tiene que limitar al hombre.

Ahora bien: esas normas y recuerdos de autodefensa, esos conocimientos acumulados, esas fórmulas, son lo que nos impide entender y resolver el problema fundamental. Si nos hallamos ante una experiencia vital y tratamos de comprenderla con ayuda de valores y recuerdos muertos, lo único que hacemos es deformarla y dejarla absorber por las inertes acumulaciones del pasado.

Para resolver este problema del vivir, es preciso que vuestra mente sea nueva y fresca. Es necesario que se produzca un nuevo nacimiento. La vida, el amor, la realidad suprema, son siempre nuevos, y se requiere mente y corazón lozanos para comprenderlos. El amor se renueva sin cesar, pero esa lozanía queda deteriorada por el intelecto mecánico, lleno de complejidades, ansiedades, celos, etc.

¿Nos renovamos, acaso? ¿Nacemos de nuevo ca-

da día? ¿O simplemente desarrollamos la capacidad de resistencia mediante la voluntad, el hábito, los valores?

Lo único que hacemos es fortalecer la voluntad de resistencia en formas diversas y sutiles. De modo que la experiencia, en lugar de libertarnos, de darnos la posibilidad de renacer, de renovarnos, lo que hace es condicionarnos más aún, ligarnos más fuertemente a las inertes acumulaciones del pasado, al conocimiento almacenado, todo lo cual es ignorancia y miedo. Así se pervierte y destruye la fuerza libertadora de la experiencia.

El problema fundamental es éste: ¿cómo hacerse uno de nuevo, volver a nacer? ¿Es ello acaso posible por medio de fórmulas, de creencias? ¿No es en realidad absurda la idea misma de que uno pueda ser renovado por normas, ideales, ejemplos? ¿Puede la disciplina, compulsiva o espontánea, producir un renacimiento de la mente? Esto también es una imposibilidad, por cierto. ¿Os podrán crear de nuevo las instituciones, las consignas, las meras palabras repetidas una y otra vez, la adoración de otro ser? Tal vez, mientras me escucháis, sentís momentáneamente la imposibilidad de ser transformados por un método, una persona, etc.

¿Qué es, entonces, lo que nos hará de nuevo? ¿Percibís la necesidad vital de ser renovados, de renacer? Para comprender la vida con todos sus complejos problemas, así como la realidad suprema, lo desconocido, tiene que haber muerte y nuevo nacimiento a cada instante. De otro modo en-

cararéis los nuevos problemas, las nuevas experiencias, con acumulaciones muertas, lo cual os ata, os ocasiona tan sólo confusión y sufrimiento.

Nos encontramos, pues, ante recuerdos, fórmulas, creencias y valores acumulados, los cuales obran constantemente a modo de escudo, de resistencia. Y si tratamos de eliminar esas resistencias, esas salvaguardias, sólo mediante la voluntad y la disciplina, la mente no llegará a renovarse. Tenemos, empero, el poder y la única fuerza que puede libertarnos y crearnos de nuevo: el amor. No el amor del ideal ni el de las fórmulas, sino el amor del hombre por el hombre. Pero a este amor lo hemos circundado de vallas constituídas por la moralidad de la voluntad; y lo hemos hecho porque en nosotros hay miedo, deseo de satisfacciones. De ese modo el amor tórnase destructivo y nos ata, en lugar de renovarnos y libertarnos.

En nuestra vida diaria podemos observar este proceso de sujeción y de dolor. Tan sólo en el diario vivir, con sus relaciones y conflictos, sus temores y sus ambiciones, comenzaréis a percibir la fuerza renovadora del amor. El amor a que me refiero no es un mero sentimiento. Nuestros sentimientos, después de todo, revelan nuestra incapacidad para sentir profunda e integralmente, y por lo mismo para suscitar cambios fundamentales.

Interlocutor: Desearía saber por qué yo soy a veces demasiado perezoso para renovarme. . .

KRISHNAMURTI: Ello puede obedecer a la falta de un régimen dietético apropiado. ¿Pero acaso el hecho de poseer un organismo sano basta para asegurar el renacimiento de la mente? Puede Vd. ser tranquilo, aparentemente perezoso, y sin embargo extraordinariamente vivaz.

Interlocutor: Para convertirnos en seres nuevos habremos de realizar grandes esfuerzos.

KRISHNAMURTI: Como no podréis renovaros con el peso muerto del pasado, al daros cuenta de ello pensáis que es preciso realizar esfuerzos para deshaceros de ese peso. Prisioneros de una gran confusión, sentís que para veros libres necesitáis disciplinaros, esforzaros por vencer la confusión, pues de otro modo ésta aumentará y continuará. ¿No es eso lo que queréis decir? Hacéis esfuerzos para manteneros tranquilos y en observación a fin de encontrar el modo de terminar con la confusión y el conflicto, o bien intentáis descubrir sus causas para sobreponeros a ellas. Podrá asimismo ocurrir que os interese la mera observación intelectual; pero aquí no tenemos por qué ocuparnos de los "intelectuales". Aceptáis el caos, la lucha, o tratáis de vencer el dolor; ambas cosas implican esfuerzo. Si examináis el motivo de dicho esfuerzo, percibiréis que se trata del deseo de no sufrir, de evadiros, de lograr satisfacciones, de protegeros, etc. El esfuerzo se realiza con el propósito de vencer, de comprender, de transformar aquello que somos en lo

que queremos ser o pensamos que deberíamos ser. ¿Y esos esfuerzos no producen acaso una serie de nuevos hábitos en reemplazo de los antiguos? Los viejos hábitos, los viejos valores, no os han dado el ideal ni la satisfacción, y es por tal causa que hacéis un esfuerzo por establecer nuevos ideales, una nueva serie de hábitos, valores y satisfacciones. Tal esfuerzo es considerado noble y digno. Os esforzáis por ser o por no ser algo, de acuerdo a una fórmula o norma preconcebida. Así no puede producirse un renacimiento sino tan sólo la perpetuación del viejo deseo en una forma nueva, la cual no tarda en engendrar confusión y dolor. Y una vez más esfuérzase la voluntad por sobreponerse a esas penas y conflictos; de nuevo nos vemos enredados en el círculo vicioso del esfuerzo, ya se trate de encontrar la causa del dolor, o bien de vencerlo.

El hombre despliega un esfuerzo para vencer el miedo mediante el descubrimieto de sus causas. ¿Con qué fin se quiere hacer ese descubrimiento? ¿No es acaso porque no se quiere sufrir, porque se tiene miedo de sufrir? De ese modo se llega a esperar que, venciendo el miedo al miedo, todo temor desaparezca. Tal cosa es una imposibilidad.

Interlocutor: Analizándolo, pues, el miedo debería disiparse, del mismo modo que la alegría cuando se la examina. ¿Por qué no sucede así?

KRISHNAMURTI: La alegría es espontánea;

no se la busca ni se la invita. Cuando la mente la analiza para cultivarla o reconquistarla, deja de ser alegría. El miedo, en cambio, no es espontáneo, salvo en el caso de accidentes súbitos e imprevistos; la mente lo cultiva en forma asidua a causa de su deseo de satisfacción y de certeza. De modo que si hacéis un esfuerzo para libraros del miedo descubriendo sus causas, no haréis otra cosa que disimular el miedo, ya que el esfuerzo es un acto de voluntad, y ésta una resistencia engendrada por el miedo.

Si comprendéis este proceso integralmente, con todo vuestro ser, ocurrirá que en medio de esa llama de sufrimiento, cuando ya no haya en vosotros el menor deseo de huir ni de vencer, la confusión en que caeréis hará surgir una nueva comprensión; ésta brotará espontáneamente del suelo mismo en que había florecido el miedo.

V

He tratado de explicar que la renovación, el renacimiento, deben ser espontáneos y no un resultado del esfuerzo.

Antes de descubrir si el esfuerzo es moral o inmoral, importante o sin importancia, tenemos que considerar el deseo. Cuando entienda lo que es el deseo, cada ser humano descubrirá por sí mismo si el esfuerzo es moral o inmoral con respecto a la renovación, al renacimiento de la mente. Si uno no tuviese deseo alguno, no habría esfuerzo. Es, pues, necesario que conozcamos su proceso, la fuerza motriz que está detrás del esfuerzo, la cual es siempre el deseo; sea cual fuere el nombre que nos plazca darle: rectitud, el bien, el Dios que está en nosotros, el "yo" superior y otras cosas más, se trata invariablemente del deseo.

Ahora bien, el deseo tiene siempre algún objeto, siempre depende de algo, y en consecuencia engendra siempre el miedo. El hecho de depender implica siempre una incertidumbre, la cual origina temores. El deseo no puede existir por sí mismo; tiene forzosamente que estar en relación con algo. Esto lo podréis observar en vuestras reacciones psi-

cológicas diarias. En el deseo hay siempre dependencia, relación. Sólo el amor no depende de nada.

Existe el deseo de ser algo, de lograr una posición, de tener éxito, de no sufrir, de encontrar la felicidad, de amar y ser amado, de hallar la verdad, la realidad suprema, Dios. Existe asimismo el deseo positivo de ser algo y el deseo negativo de no serlo. Si estamos atados sufrimos congojas y dolor, de lo cual aprendemos —o creemos aprender— que el apego a seres o cosas causa dolor. Deseamos, en consecuencia, no estar atados, y cultivamos esa cualidad negativa que se llama "desapego" Es el deseo que nos impulsa a ser esto y no aquello.

Estamos familiarizados con el deseo positivo y con el deseo negativo de ser y de no ser, de convertirnos o no convertirnos en algo. Pero el deseo no es emoción; es el resultado de una mente que no cesa de buscar satisfacciones, y cuyos valores se basan en la satisfacción. El móvil que está detrás de todo deseo es el querer satisfacciones. La mente las busca siempre a cualquier precio, y si se ve frustrada en alguna dirección, intenta realizar sus propósitos en otra. Todo esfuerzo, todo poder directivo de la mente, es para que ésta se vea satisfecha. De ese modo la satisfacción llega a ser un hábito mecánico de la mente. En momentos de gran emoción, de profundo amor, el deseo no está sujeto a ninguna dependencia, ni busca satisfacción.

Para lograr satisfacción, la mente desarrolla su propia técnica de resistencia y de no resistencia, lo que constituye la voluntad. Y cuando la mente

descubre que en el proceso de la satisfacción hay sufrimiento, empieza a cultivar el desapego, la indiferencia. Vemos así que la voluntad positiva y negativa procura siempre encontrar satisfacción. El deseo de estar satisfecho crea la voluntad, la cual se mantiene a sí misma por su propio y contínuo esfuerzo. Y donde hay voluntad, tiene que haber miedo como consecuencia: miedo de no lograr satisfacción, de no realizar, de no llegar a ser lo que uno se ha propuesto. La voluntad y el temor van siempre juntos. Y nuevamente para vencer el miedo, se hace un esfuerzo; con lo cual la mente se halla cautiva de ese círculo vicioso de la incertidumbre. La voluntad y el miedo se dan constantemente la mano, y la voluntad mantiene su identidad a través de las satisfacciones sucesivas, mediante la memoria; de ahí la continuidad que adquiere la conciencia, su condición de "yo".

La voluntad y el esfuerzo, por consiguiente, son tan sólo el mecanismo de que dispone la mente para estar satisfecha. El deseo pertenece en un todo a la mente; la mente es la esencia misma del deseo. El hábito se establece con la constante búsqueda de satisfacciones; y la sensación estimulada por la mente no es emoción.

De ello se desprende que todo esfuerzo nacido de la voluntad de lograr o de no lograr satisfacción, tiene inevitablemente que ser algo mecánico, algo que forma hábitos, y que por lo mismo no puede producir renacimiento, renovación. Hasta en los casos en que la mente investiga la causa del do-

lor, lo hace ante todo porque desea escapar, terminar con lo que no es satisfactorio y conseguir lo que tiene ese carácter.

Todo este proceso en que la mente se encuentra cautiva, es la senda de la ignorancia. La voluntad, que se mantiene a sí misma a través del esfuerzo tendiente a lograr satisfacción y complacencia por métodos diversos, debe terminar espontáneamente; la voluntad de satisfacción tiene que cesar por sí sola, pues cualquier esfuerzo encaminado a poner fin a la satisfacción es tan sólo una nueva forma de estar satisfecho.

Este proceso de la satisfacción, de la complacencia, continúa pues indefinidamente, y todo esfuerzo tiene inevitablemente que intensificarlo. Y si uno percibe que el esfuerzo representa un deseo de satisfacción, y que en consecuencia proviene del miedo, ¿cómo hará para poner término al proceso? Hasta el deseo de que cese dicho proceso, nace de la voluntad de encontrar satisfacción. El propio problema de cómo libertarse del deseo, surge del deseo mismo.

Si tenéis cabalmente la sensación de que todo este proceso implica ignorancia, no pediréis que se os indique la manera de libraros del deseo, del miedo; no buscaréis método alguno, por más esperanzas que pueda sugeriros. No existe ningún método, ningún sistema, ningún sendero para llegar a la verdad. Cuando comprendáis el pleno y profundo significado de todos los métodos, será esa comprensión la que de un modo espontáneo comenza-

rá a disipar el deseo, el miedo, aquello que en vosotros busca satisfacción.

Tan sólo en la emoción profunda no existe ansia de satisfacción. El amor no depende de la satisfacción ni del hábito. Pero la voluntad que nace del deseo, intenta hacer del amor un hábito mecánico, o trata de dominarlo con leyes morales, coacciones, etc. De ahí que la mente, con su voluntad de satisfacción, libre una constante batalla para dirigir y dominar el amor; y la mente casi siempre gana la batalla, pues el amor no tiene conflicto alguno consigo mismo ni con nada. Sólo cuando el deseo, y junto con él la voluntad nacida del miedo, cesen de por sí —no por obra de ninguna imposición o promesa de recompensa— habrá renovación, renacimiento de todo nuestro ser.

Interlocutor: ¿Podré confiar o tener fe en ese amor, o es él también una forma de autodefensa?

KRISHNAMURTI: ¿No es acaso la fe un refugio más en el cual la mente encuentra amparo? Algunos de vosotros podrán tener fe en el amor, otros en Dios, y así sucesivamente. Toda fe de esa índole representa para la mente un fondeadero. Cualquier refugio, cualquier apego, sea cual fuere su nombre, tiene que ser de autodefensa, de satisfacción, y por lo tanto un resultado del miedo.

Percibimos en torno nuestro espantosas crueldades, caos y barbarie; por ello nos refugiamos en ideales, creencias, o en alguna forma de consuelo.

Así nos evadimos hacia una ilusión; pero el conflicto entre lo real y lo ilusorio habrá de continuar hasta que lo irreal se sobreponga a lo real, o lo real termine con todas las salvaguardias y escapatorias, y comience a revelar su hondo significado.

Interlocutor: ¿No deja Vd. de lado el problema social al insistir tan sólo en la realización individual? ¿Cómo puede el individuo, que siempre está relacionado con la sociedad, ser el único factor importante? ¿Por qué acentúa Vd. lo individual?

KRISHNAMURTI: Sin el individuo, la sociedad no puede existir; no hay entidad colectiva que sea independiente del individuo. La sociedad es la relación de unos individuos con otros. La sociedad está formada de personas, pero se ha convertido en un mecanismo independiente que tiene su propia vida y dispone de la del individuo. La sociedad ha llegado a ser una institución que dirige y domina al individuo mediante la opinión, las leyes morales, los intereses creados y otras cosas más. Y como las instituciones no son lo importante sino el individuo, tenemos que considerar sus posibilidades de realización, las cuales no dependen de un mero cambio de ambiente, por radical que sea. La mera alteración de lo superficial no producirá una consumación real y profunda del destino humano, sino tan sólo reacciones mecánicas. Esta división entre el individuo y el medio ambiente es mecánica y falsa; cuando todos se den fundamentalmente

cuenta de que esto es así, el individuo actuará de un modo integral, no como individuo ni simplemente como producto mecánico de una sociedad dada, sino como ser humano integrado.

Interlocutor: Esto requerirá por cierto muchos siglos, ¿verdad? ¿No debemos entonces hacer nuevas leyes y crear nuevas condiciones sociales ahora mismo?

KRISHNAMURTI: ¿Cómo produciremos este cambio que todos deseamos? Lo produciremos ya sea por la fuerza, o bien por la comprensión que cada individuo adquiera de que un cambio fundamental es necesario. Por la imposición, la dominación, la revolución, o por el despertar del individuo a la realidad.

Si lo que queremos producir es únicamente un mundo mecánico de sistemas morales, de leyes, de imposiciones, la violencia podrá ser suficiente, es decir, el empleo de la fuerza en todas las formas posibles; pero si deseamos la paz, la fraternidad y una convivencia basada en el amor, la violencia en cualquier forma no podrá ser lo que convenga. Por la violencia no se podrá llegar a la paz, al amor entre los hombres, sino tan sólo a mayor violencia. La violencia es compleja y sutil; y hasta que el individuo se vea libre de su dominación obvia u oculta, no podrá haber paz ni duradera fraternidad.

Interlocutor: ¿Tendremos entonces que permitir a la gente cruel que siga siéndolo?

KRISHNAMURTI: ¿Para salvar a la humanidad tendréis primero que destruir la naturaleza humana? ¿Es eso lo que me preguntáis? ¿El hecho de que tengáis ciertas ideologías, ciertas creencias, basta acaso para que el individuo haya de serles sacrificado? No, amigos míos, lo que nosotros en realidad deseamos no es ayudar al mundo, sino tan sólo imponer al prójimo ciertas ideologías, una determinada fe, la creencia que profesamos. Queremos que prevalezca la tiranía de las ideas, no el amor.

Cada cual persigue la solución de su propio problema, o aspira a su propio ideal de humanidad, o desea que triunfe su propio concepto del Estado, su creencia en Dios, etc. Pero si vosotros lográis comprender fundamentalmente lo que os estoy explicando, os interesará tan sólo el problema fundamental: el del deseo con sus temores y sus esfuerzos, deseo que impide la consumación del destino individual, el renacimiento del hombre.

VI

He estado tratando de explicar en qué consiste el mecanismo del miedo, engendrador de hábitos, el cual impide la renovación, el renacimiento; y sólo renaciendo puede surgir en el hombre la suprema realidad. El deseo de satisfacción suscita temores y engendra hábitos. Como ya lo he dicho, el deseo y la emoción representan dos procesos diferentes y separados; el deseo pertenece en un todo a la mente, mientras la emoción es la expresión integral de nuestro ser. El deseo, proceso de la mente, se acompaña siempre de miedo; la emoción, en cambio, está libre de todo temor. El deseo tiene forzosamente que producir miedo, mientras la emoción está siempre exenta de temores porque pertenece a la totalidad de nuestro ser. La emoción no puede vencer al deseo, ya que ella es un estado de intrepidez que sólo puede ser experimentado cuando el deseo se desvanece junto con sus temores y su voluntad de satisfacción. La emoción no puede sobreponerse al miedo, porque éste, así como el deseo, pertenece a la mente. Las emociones son de un carácter, calidad y dimensión totalmente diferentes de los del deseo.

Lo que la mayoría de nosotros está tratando de hacer, es sobreponerse al miedo mediante el deseo o

lo que llamamos "emoción", que en realidad es otra forma del deseo. No es posible vencer el miedo con ayuda del amor. Terminar con el miedo mediante otra fuerza que denominamos emoción o amor, resulta imposible: el deseo de vencer el miedo surge de la mente, y por lo tanto no pertenece al amor. En otros términos, el miedo es un resultado del deseo, del afán de satisfacción, y el deseo de terminar con el miedo es de idéntica naturaleza que la satisfacción misma. No es posible que el amor acabe con el miedo, como la mayoría de los hombres lo descubre por experiencia. La mente, que es de la naturaleza del deseo, no puede destruir a una parte de sí misma; eso, empero, es lo que intentáis hacer cuando habláis de "deshaceros" del miedo. Cuando preguntáis: "¿Cómo haré para librarme del miedo, para encarar las diversas formas del miedo?", lo que deseáis conocer es simplemente cómo vencer una serie de deseos con ayuda de otra; y con ello no se hace otra cosa que perpetuar el miedo, puesto que todo deseo engendra temores. El deseo engendra miedo, y al tratar de que un deseo se sobreponga a otro, cedéis en realidad ante el miedo. Lo único que puede hacer el deseo es condicionarse nuevamente a sí mismo, darse otras formas de acuerdo a nuevas normas; pero se tratará siempre del deseo, fuente de todo temor.

Sabemos que nuestros actuales hábitos de pensamiento y de moralidad se basan en la seguridad y el provecho personales, lo que ha creado una estructura social que nuestros propios deseos se en-

cargan de mantener. Percibiendo esto, hay quienes intentan crear nuevos hábitos, nuevas virtudes, en la esperanza de construir una nueva sociedad basada en otros estímulos que el provecho personal. Pero el deseo persiste en diferentes formas, y mientras no comprendamos todo el proceso del deseo en sí, la mera transformación de las circunstancias objetivas, de los valores ambientes, muy poco significará.

Cambiar las viejas formas del deseo en nuevas, es simplemente volver a condicionar la mente; ésta, en efecto, seguirá siendo de la naturaleza del deseo, y por lo mismo una fuente permanente de miedo. ¿No es acaso la mente, tal como la conocemos, un instrumento que se ha desarrollado para asegurar la supervivencia, la satisfacción, la resistencia, la autodefensa? ¿No es ella en consecuencia un instrumento del miedo? Del deseo emanan las razones, las conclusiones, los actos del hombre, cuya moralidad y valores se basan en la voluntad de sobrevivir, de lograr satisfacción. De ese modo la mente y el pensamiento se dividen en múltiples fragmentos: lo consciente y lo inconsciente, lo superior y lo inferior, lo real y lo falso, lo bueno y lo malo. La mente, en su afán de satisfacciones, se disocia en partes diversas, cada una de las cuales está en conflicto con las otras; pero la actividad esencial y central de cada parte es para la satisfacción del "yo" en diversas formas. De ese modo la mente engendra en todo momento sus propios temores.

Hay diversas formas del miedo: miedo del propio porvenir, miedo de la muerte, de la vida, de la responsabilidad, y así sucesivamente. Y es por ello que la mente está siempre tratando de lograr seguridad por medio de creencias, esperanzas, ilusiones, conocimientos, ideales, normas. Hay lucha constante entre lo conocido y lo desconocido. Lo conocido es el pasado, el hábito, lo acumulado; lo desconocido es lo incierto, lo inasequible, lo espontáneo, lo creador.

El pasado intenta constantemente sobreponerse al futuro; el hábito procede a convertir lo desconocido en lo habitual, para que cese el miedo. Así se produce el constante conflicto del deseo, y el miedo está siempre presente. El proceso consiste en absorber, en adquirir certeza y satisfacción, y cuando ello no es posible, la mente recurre a explicaciones, teorías y creencias que la satisfagan. La muerte, lo desconocido, pasan así a ser lo conocido; la verdad, lo inasequible, se ve transformada en lo asequible.

La mente, en consecuencia, es un campo de batalla de sus propios deseos, temores, valores; y cualquier esfuerzo que haga para destruir el miedo —es decir, para destruirse a sí misma— resultará absolutamente vano. La fracción de la mente que desea acabar con el miedo, busca en todo momento satisfacción; y la fracción de la cual la primera ansía librarse, ha sido en el pasado un medio de satisfacción. La satisfacción, en esa forma, intenta deshacerse de lo que antes había satisfecho; el miedo procura sobreponerse a lo que antes era un instru-

mento del miedo. El deseo, engendrando temores en procura de satisfacción, trata de vencerlos; pero el deseo mismo es la causa del miedo. El simple deseo no puede destruirse a sí mismo, ni tampoco el miedo vencerse a sí propio; todo esfuerzo de la mente para librarse de ellos proviene del deseo. De ese modo la mente se halla cautiva de su propio círculo vicioso, de sus permanentes esfuerzos.

Es preciso que entendamos de un modo profundo la naturaleza íntima de la mente; y este entendimiento no puede surgir de un día para el otro, pues requiere que seamos intensamente conscientes de todo nuestro ser. La mente, como ya lo he dicho, es un campo de batalla de diversos deseos, esperanzas, valores, y cualquier esfuerzo que ella haga para librarse de todo eso, logra tan sólo acentuar el conflicto. La lucha proseguirá mientras continúe el deseo en cualquiera de sus formas; cuando un deseo se impone en detrimento de otro, o una serie de valores a expensas de otra, o un ideal contra otro, el conflicto tiene que continuar. Este poder de parcialidad que el deseo posee, o sea la opción, tiene que cesar; y esto no puede ocurrir antes de que uno comprenda y sienta íntimamente cuán ciego es el esfuerzo del intelecto. La profunda observación de este proceso, hecha sin apetencias, sin juzgamiento, sin prejuicio, y por lo tanto sin deseo, marca el comienzo de esa conciencia despierta que es lo único capaz de libertar a la mente de sus propios y destructivos temores, hábitos e ilusiones.

Mas lo difícil, para la mayoría de nosotros, es

penetrar a través de esas formas de emoción que son en realidad estímulos del deseo y del miedo, ya que destruyen el amor e impiden la conciencia integral.

Interlocutor: ¿Son el deseo y el interés, tales como los conocemos en la actualidad, una sola y misma cosa?

KRISHNAMURTI: Si el interés es tan sólo el resultado del deseo de ganar, de lograr satisfacciones, de alcanzar éxito, es lo mismo que el deseo, y por consiguiente destruye la vida creadora.

Interlocutor: ¿Cómo podré adquirir la cualidad de la indiferencia, de la falta de deseo, sin tener el deseo de adquirirla?

KRISHNAMURTI: Esto, señor, es exactamente lo que he estado explicando. ¿Por qué quiere Vd. tornarse indiferente, falto de deseos? ¿No es quizá porque Vd. ha descubierto por experiencia que el deseo engendra dolor y miedo, o nos acarrea conflictos y éxitos que resultan crueles? De ahí que Vd. ansíe hallarse en estado de inapetencia, el cual puede ser alcanzado; es, empero, un estado de muerte, ya que representa un mero resultado del miedo. Como Vd. desea estar libre de temores, convierte la inapetencia en un ideal, en la norma que ha de ser observada. Pero el móvil que está detrás del ideal sigue siendo el deseo, y es por consiguiente de la naturaleza del miedo.

Interlocutor: ¿La mente es la vida misma? ¿Es acaso posible dividir la vida en mente y emoción?

KRISHNAMURTI: Como lo he explicado, la mente se ha convertido en instrumento para asegurar la autodefensa de diversas maneras, y se ha dividido en emoción y pensamiento; esto no significa que la vida haya dividido a la mente, ni que las emociones se hayan separado de la mente, sino que ésta se ha fraccionado en diferentes fragmentos por obra de sus propios deseos. La mente ha descubierto que careciendo de deseos estará menos expuesta al sufrimiento. Ha aprendido por experiencia y a través del conocimiento, que la ausencia de deseos podría procurarle el supremo consuelo, que ella espera sea la verdad, Dios, etc. Por tal causa realiza un esfuerzo para librarse del deseo, dividiéndose en varios fragmentos.

Interlocutor: ¿Es posible carecer de deseos teniendo un cuerpo?

KRISHNAMURTI: ¿Cuál es su parecer al respecto, señor? Este es el problema al que Vd. tiene que hacer frente, al que todos tenemos que hacer frente. La mente, como lo he dicho, busca constantemente satisfacción en formas diversas; la necesidad se ha convertido así en un medio de procurarse placer. Esto se expresa de muchas maneras: codicia, poder, posición y otras cosas por el estilo. ¿No es posible existir en este mundo sin deseo? Esto lo des-

cubriréis en vuestra vida diaria. No separéis las necesidades del deseo; tal cosa sería un modo falso de encarar la comprensión del deseo. Cuando las necesidades son glorificadas por medio de acrecentar la propia importancia, el deseo pone en movimiento al complejo proceso de la ignorancia. Si os limitáis a acentuar las necesidades, y hacéis de ello un principio, volvéis a encarar la cuestión del deseo desde un punto de vista en extremo ininteligente; mas si comenzáis a considerar el proceso mismo del deseo, que engendra miedo e ignorancia, las necesidades adquirirán su verdadero y significativo valor.

Interlocutor: Le rogamos nos manifieste su opinión, o lo que quiera decirnos, sobre el problema de la educación infantil.

Interlocutor: No es el niño lo que representa un problema; el problema lo somos nosotros.

KRISHNAMURTI: ¿Quiere Vd. decir que debemos primero resolver nuestros propios problemas, y que luego estaremos capacitados para ocuparnos de los niños? ¿No es éste un concepto demasiado unilateral? ¿No es acaso la educación de los niños un complejísimo problema? Deseáis ayudar al niño a desarrollar al máximo su propia capacidad integral, pero a causa de que no hay maestros y escuelas adecuados para este fin, la educación se convierte en un problema. Vosotros, como padres,

tendréis tal vez ciertas ideas definidas para ayudar al niño a ser en todo momento inteligentemente crítico, a manifestarse espontáneamente tal como es; pero es un hecho infortunado que en la escuela se le inculca al niño el nacionalismo, los odios raciales, el espíritu de mando, la tradición, el ejemplo y muchas otras cosas, con lo que se contrarresta lo que vosotros podéis hacer en el hogar. De modo, pues, que tendréis que crear escuelas propias en que los prejuicios raciales y nacionales, los ejemplos, las supersticiones y creencias religiosas, no se inculquen al niño; y para ello se necesitarán como maestros seres humanos inteligentes, lo que es sumamente raro. O bien deberéis enviar al niño a las escuelas que ya existen, combatiendo en el hogar todas las cosas estúpidas y perniciosas que aprende en la escuela; contribuiréis así a que el niño tenga inteligencia y espíritu crítico. Pero lo común es que no haya tiempo para hacer tal cosa, o que, disponiéndose de mucho dinero, se entregue a institutrices el cuidado de los niños.

Trátase de un complejo problema que los padres deberán encarar de acuerdo a sus capacidades; pero esto, por desgracia, se ve impedido por los propios temores, supersticiones y creencias de la gente adulta.

Interlocutor: Por lo menos podemos rodear al niño de un buen ambiente en el hogar.

KRISHNAMURTI: Pero aún esto será insuficiente, ya que es muy grande la presión que ejerce la opinión pública. El niño de ahora se pone fuera de sí cuando no puede disfrazarse con un uniforme o jugar con fusiles de madera, pues observa que la mayoría de las criaturas hace tal cosa. Existe la exigencia de lo que llamamos "nación", cuyo gobierno, con su enorme poder, obliga al individuo a observar ciertas normas, a llevar armas, a matar, a morir. Existe asimismo otra institución, la religión organizada, que mediante el dogma, las creencias y otras cosas más, trata igualmente de anular al individuo. Este ve, de tal modo, continuamente frustrada su realización vital.

Tal es el problema central de nuestra existencia, que no habrá de resolverse con meras explicaciones y asertos.

INDICE

CAMPAMENTO DE OMMEN, 1937

CAMPAMENTO DE OMMEN, 1938